

EPISODIOS HISTÓRICOS MEXICANOS.



MEMORIAS DE UN CRULLO.

1816-1820

MEXICO

1892

Tipografía Literaria, San Andrés y Batlemitas núms. 8 y 9

297

AD N V E O L E O M

BIBLIOTECA CENTRAL DE INVESTIGACIONES Y ESTADÍSTICAS

C. 6. 0. 7. 2. 9. 7.  
66 4

CONDÉS DEL VENA DITTO

1751

33  
EPISODIOS HISTÓRICOS MEXICANOS.



LIBRERÍA  
MEXICANA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS  
FRANCISCO JAVIER MINA.



1080019356



EPISODIOS HISTORICOS MEXICANOS

FONDO EMERGENCIAS  
VALORES Y OBJETIVOS

EL CONDE DEL VENADITO

U A N L



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

038269



038520

EPISODIOS HISTORICOS MEXICANOS  
POR  
ENRIQUE DE OLAVARRIA Y FERRI

EL CONDE DEL VENADITO



(MEMORIAS DE UN CRIOLLO)

1816-1820

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

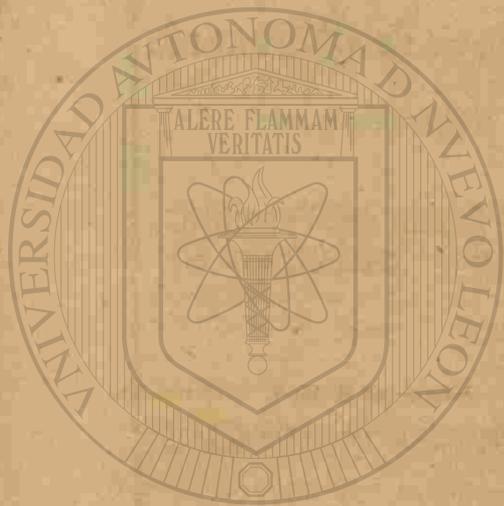
Biblioteca Valverde y Tellez

MEXICO

TIP. LITERARIA DE F. MATA

San Andrés y Bellemitas 8 y 9

1882



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

### El Sonde del Venadito.

I

No fué necesario que el año de 1816 avanzase gran trecho en la sucesion de sus meses, para convencernos de que la desaparicion del Sr. Morelos de la escena política, habia herido de muerte el progreso de la causa de la Independencia.

Nos faltaba ya el único hombre capaz de organizar sus elementos é imprimirles direccion: la envidia y la intriga de los suyos le impidió haber dado cima á la santa empresa cuyo término no habria ya de deberse á ningun jefe insurgente, sino á un tráfuga del partido realista, inspirado más que en el amor á su patria, en su grande y desmedida ambicion.

000454

Es verdad que la idea independiente y su santa y lejitima aspiracion no habian muerto ni era ya posible que murieran, pero ninguno de los continuadores de la obra del Sr. Morelos, era capaz por sí solo de llevarla á cabo.

En cuanto á union, ninguna existia entre ellos, antes bien, odiábanse los unos á los otros, y contentos con poder vivir sobre el país y lucir sus imaginarios grados militares, el que más hizo, fué limitarse á evitar en lo posible la activa persecucion que los realistas les declararon.

Es cierto que algunas acciones militares se empeñaron en la provincia de Veracruz, por las fuerzas de D. Guadalupe Victoria, decidido á mantenerse en la ventajosa posicion del Puente del Rey, pero el brigadier español D. Fernando Miyares y Mancebo, se encargó de desbaratar por completo dichos planes, y el recibo de la noticia de su completo triunfo, coincidió con la muerte del heroico gran caudillo

Así, pues, miéntras el partido insurgente perdía su supremo jefe, el realista adquiría un nuevo y notable campeón en el susodicho Miyares; era éste nativo de Carácas, militar jóven y de grande instruccion y pericia, como lo demostró formando el camino militar de Veracruz á Jalapa, empresa que realizó con los famosos rejimientos expedicionarios de las Cuatro Ordenes y el ba-

tallon de Navarra, arribados á Veracruz el 18 de Junio de 1815, en la fragata de guerra "Sabina." Por fortuna de la causa insurgente, Miyares se enemistó con Calleja por celos y rivalidades, y unido esto á la enfermedad que contrajo de resultas de una caída del caballo que montaba, Miyares regresó á España á mediados del año diez y seis, despues de haber estado encargado del gobierno de Veracruz, cuyo castillo de San Juan de Ullua quiso reparar y fortificar de nuevo, lo que no pudo hacer por falta de recursos con que atender al crecido presupuesto de las obras.

Por nuestra parte, una vez disuelto el Congreso de Chilpancingo, por el golpe de mano de los amigos de Terán, todo fué desórden y confusion.

El benemérito D. Nicolás Bravo, no quiso permanecer en Tehuacan, donde tal desacato al principio de autoridad se habia cometido, y se dirigió á la provincia de Veracruz, á reunirse con Victoria, con quien tuvo una entrevista en el fuerte de Palmillas; pero sabedor de que D. Nicolás habia sido recibido en Coscomatepec, con grande entusiasmo, por los testigos de sus valerosas acciones, con buenas palabras, pero con manifiesto celo, le significó que sería conveniente saliera de los dominios de su mando. Así lo hizo, justamente ofendido, tomando rumbo al Sur, en solicitud de D. Vicente Guerrero; al pasar por Tepeji, los par-

tidarios de Terán, ofendidos con Bravo, porque habia desaprobado su conducta, quisieron ponerle preso á pretexto de que caminaba sin pasaporte, como si pudiera necesitarle aquel heroico camarada del Sr. Morelos, y á punto estuvo D. Nicolás de haberse visto precisado á hacer fuego contra los que era racional considerar como amigos y camaradas.

Reunido Bravo con D. Pablo Galeana en Ajuchitlan, tuvo todavia que habérselas con D. Ingacio Rayon, quien gozoso con la disolucion del Congreso, habia vuelto á pretender hacerse cargo del Gobierno supremo, como presidente de la Junta de Zitácuaro y delegado de D. Miguel Hidalgo y de Allende.

Su pretension tenia tantos más visos de necesaria, cuanto que la Junta subalterna de Taretan, nombrada por el Congreso ántes de salir de Chilpancingo, habia sido victima de un golpe de mano, semejante al dado por Terán. Fué el caso, que D. Juan Pablo Anaya, poniéndose á la cabeza de los que veían con disgusto que la Junta subalterna pretendia abrogarse los poderes y prerogativas del disuelto Congreso, sorprendió á sus miembros en la hacienda de Santa Efigenia y los condujo presos á Ario.

El procedimiento indignó á los comandantes de los pueblos comarcanos, y constituyéndose en jefe

D. José María Vazquez, formó en Uruapan una nueva Junta, que andando el tiempo se denominó de Jaujilla, se apoderó de Anaya y hubiérale fusilado, si el mismo oficial encargado de su custodia, no le hubiese facilitado la fuga.

La inseguridad y el constante peligro á que estaban espuestas toda clase de personas, consecuencia del desórden y desmoralizacion que imperaba entre los insurgentes, fueron causa de que muchos de sus partidarios comenzaran á retraerse y á solicitar indulto, con grave perjuicio y descrédito de la revolucion. Entre los insurgentes, que como he dicho, pidieron insulto á Calleja, figuró en primer lugar el Doctor Cos, que el Congreso habia dejado olvidado en los inmundos calabozos de Atijo, de los cuales logró evadirse, gracias al desórden que como dejo dicho, imperaba en el campo insurgente.

Muchos fueron los insurgentes que en principios de aquel año se acogieron al indulto, ya por no poder resignarse á sufrir las tropelías y maltrato de sus jefes, ya porque arruinado el país sobre el cual vivian, los recursos comenzaban á ser escasos y grandes las privaciones. Esta especie de desbandamiento, fué casi general en el distrito de los Llanos de Apam, en que Osorno se mantenía, y cuyos moradores eran por él vejados y estorcionados de un modo que excede á toda pondera-

cion: sus tropelías llegaron al extremo de incendiar y derribar las iglesias y conventos, como hizo en Zacatlan, con pretexto de que no era conveniente dejar espuestos los sagrados lugares á los sacrilegios y abominaciones de los realistas: los moradores de Zacatlan quisieron oponerse á esta destrucción, pero Osorno les dijo que si persistían en significar aquella resistencia, los haría pasar á degüello. Esto y las derrotas que le hizo sufrir la división de D. Manuel de la Concha, aumentaron las solicitudes de indulto, y dias hubo en que pasaron de quinientas, entre ellas las de muchos jefes; Calleja accedió á todas, y con los indultos formó partidas que á los gritos de ¡viva el Rey! se dedicaron á perseguir con tenacidad á sus antiguos camaradas, siendo tanto más dañinos á los insurgentes, cuanto que por haberlo sido ellos, conocían bien sus guaridas y rara vez dejaban de sorprenderlos y destrozarlos en ellas.

Abandonado por su gente, Osorno tuvo que salir de los Llanos y dirigirse á Tehuacan en busca de la proteccion de D. Manuel de Mier y Terán, al cual no encontró en aquel punto, pues había salido de su cuartel general, con el fin de hacerse por sorpresa del puerto de Goatzacoalco. El móvil de aquella expedición, de la que por milagro salió Terán con vida, fué el de posesionarse de un puerto, por el que introducir cierta cantidad de

armamento que compró á D. Guillermo Davis Robinson, que procedente de los Estados Unidos, había arribado á Boquilla de Piedras. De este puerto era dueño D. Guadalupe Victoria, y tales eran la fraternidad y union entre los insurgentes, que Victoria se negó á permitir el desembarco de las armas, sino se le pagaba una buena cantidad por derecho de tránsito. Victoria no tuvo en cuenta que cuanto mejor se armase Terán, mejor podría servir á la causa insurgente, y por consecuencia, á la suya propia: sólo vió que los tales derechos podrian rendirle una suma de dinero más ó ménos grande, y negó su favor á Terán, ni más ni ménos que á un enemigo.

Terán contó con apoderarse de Goatzacoalco, y no sólo no pudo lograrlo, sino que como ya dije, por milagro salvó la vida, no pudiendo decir otro tanto las infelices tropas que le acompañaron, que en su mayoría perecieron por causa única y sola de Victoria, cuyo egoísmo y falta de confraternidad en aquella ocasion, fueron altamente vituperables. Robinson cayó en poder de los realistas, y aunque solicitó indulto, fué llevado á San Juan de Ullua y más tarde á España, de la que logró escaparse y volver á su patria, donde andando el tiempo escribió un libro titulado "Memorias de la Revolucion de México."

El teatro del desastre de Terán, fué el rancho

de "Playa Vicente;" allí murió el canónigo Velasco, que tanta parte había tomado en la revolución; indultado como ya dije, después de la toma de Oaxaca por los realistas, volvió al campo insurgente, pero no se le reconoció su antiguo grado de general: recurrió entonces al espediente de sentar plaza en un regimiento de dragones de Terán, quien le agregó á su cuartel general.

Tal era el estado de la revolución, pocos meses después de la muerte de D. José María Morelos, único que hasta entonces había logrado en lo posible encauzar aquel deshecho torrente de ódios, envidias y enemistades de los jefes insurgentes.

Estas desunión y enemistad en el campo insurgente, eran tanto más sensibles, cuanto que en el de los realistas reinaba no menor desmoralización y disgusto, á causa de los abusos de los jefes, que sólo veían en la guerra un medio de enriquecerse, estorsionando y arruinando el país y su comercio. Dichos jefes retardaban á su antojo la salida de convoyes, con objeto de hacer que escaseasen en los distritos de su mando los efectos de más urgente necesidad, y dar así salida á un elevado precio á los cargamentos que tomaban y expendían por su cuenta. Por estos procedimientos se enriquecieron los comandantes Madrid, Samaniego, Armijo y D. Agustín Iturbide, cuyos manejos fueron tan escandalosos, que Calleja que le profesaba entrañable afecto, se vió precisado á suspen-

derlo del mando y ordenarle se presentase en México á ser juzgado. Farsa y nada más que farsa fué el tal juicio, pues nadie, á escepcion del cura Labarrieta, de Guanajuato, se atrevió á declarar contra un jefe como Iturbide, que se había señalado por sus crueles castigos y venganzas y contaba con la amistad y proteccion del virey.

Calleja declaró calumniosa la acusacion, y dejó á salvo su derecho para contra sus enemigos, derecho del cual no quiso usar Iturbide, echándola de magnánimo y generoso.

Lo cierto es, que en aquellos dias corría generalmente la voz de que los comandantes realistas no se apresuraban á concluir de una vez con la revolucion, por no perder las ventajas materiales que la prolongacion de aquel estado de cosas les proporcionaba.

Ello es que los realistas estaban contentísimos y que las fiestas se sucedian en México, como si fuésemos el pueblo más feliz de la tierra.

El dia 19 de Mayo, se celebró con *Te Deum*, repiques, peseos, iluminaciones y fuegos artificiales, el restablecimiento de los Jesuitas á quienes se dió posesion del Colejio de San Ildefonso, cuyo patio se cubrió con cortinas y tapices, colgándose en cada arco magníficos candiles de plata maciza, que sólo por su peso representaban una muy gruesa suma.

Con motivo del santo del Rey, hubo un magnífico baile en el patio del cuartel de los Gallos, que dieron los dragones del rey; la suntuosidad de aquel baile que costó un enorme dineral, y al cual concurrió todo lo más granado de la sociedad, fué famosísima y llegó á quedar su memoria como proverbial.

El 29 de Junio fué consagrado con no menores lujo y ostentacion, el arzobispo D. Pedro Fonte, quien vestido de pontifical fué paseado por las calles por el Ayuntamiento, repartiendo bendiciones á diestra y siniestra, con gran regocijo del pueblo que ahullaba de gozo y devocion.

El 28 de Julio, el obispo de Durango, Marqués de Castañiza, consagró la iglesia nueva de Loreto, obra casi exclusiva de su familia, y, despues de la catedral, el templo más artístico y bello de México.

En estas andábamos, cuando en la capital se recibió la noticia de haber llegado á Veracruz, escoltado por ocho buques y á bordo de la fragata "Fortuna," el teniente general de la real Armada, gobernador y capitán general de Cuba, Don Juan Ruiz de Apodaca, nombrado sucesor de Calleja en el vireinato de Nueva España.

Desde el primer momento circularon las noticias más favorables del nuevo virey: supose que era de un carácter enteramente contrario al de su

predecesor, y que léjos de ser como éste, partidario de la guerra de esterminio, venía animado de las intenciones más humanas y conciliadoras.

Los amigos de Calleja y cuantos sin necesidad de serlo participaban de sus instintos sanguinarios, se rieron y no poco de las citadas ideas conciliadoras de Apodaca, cuando se enteraron de que por poco dá al traste con él el cabecilla Osorino, que al frente de la caballería de Terán, le salió al encuentro en la hacienda de Vicencio, próxima á Ojo de Agua entre Perote y Puebla.

Acudió oportunamente en su auxilio el brigadier Márquez Donallo, que en pocos momentos puso á Osorino en completa fuga, tomándole algunos prisioneros. Apodaca mandó ponerlos en libertad inmediatamente, y la Vireyna y sus hijas, dejando su coche, curaron con sus propias manos á los heridos, tanto realistas como insurgentes.

La prueba de las buenas intenciones del Virey, era pues, palmaria, y no faltaron quienes con justicia temieron que decaidos como estaban los ánimos de los independientes, la bondad del Virey perjudicaría á la causa nacional.

A las nueve de la mañana del día 16 de Setiembre, se recibió en México el aviso de que Apodaca que se encontraba en Puebla, saldría de aquella ciudad el mismo 16, para encontrarse el 19 en la capital. Calleja comunicó inmediatamente las

órdenes para su solemne recepcion, y salió con toda su familia del Palacio para Tacubaya, hospedándose en el que era propiedad de los Arzobispos en aquella villa.

A la de Guadalupe llegó el nuevo virey el día 19, siendo solemnemente recibido por Calleja, que segun el ceremonial de ley, entregó en la colejita el baston á su sucesor: las autoridades y vecinos principales acudieron á la Villa á felicitar al nuevo jefe, y todos quedaron encantados de su fino trato, amena conversacion y singulares cualidades. Apodaca era en efecto un cumplido caballero, un marino distinguido, hombre de mucha ciencia, y un estimable diplomático, como lo demostró en el desempeño del alto puesto con que se le distinguió de Embajador de España en Inglaterra.

El 20 hizo su entrada en la capital, entre las aclamaciones de la multitud, y los tres dias siguientes se dedicaron á las fiestas y regocijos de costumbre. Calleja salió para Veracruz el 15 de Octubre, y se embarcó para España el 15 de Diciembre: la corte de Madrid le hizo un buen recibimiento, y el rey le condecoró con las Cruces de Isabel la Católica y de San Hermenegildo, concediéndole además el título de Conde de Calderon, en recuerdo de aquella batalla memorable, librada en las inmediaciones de Guadalajara en 1811.

La fortuna comenzó desde luego á distinguir con sus favores al virey D. Juan Ruiz de Apodaca; noticiosos de su clemencia, multitud de insurgentes continuó acogiéndose al indulto: entre muchos de éstos se hizo notable el del cabecilla Vicente Gómez, cuyas fechorías y bandidaje habian sido tales, segun dejó dicho en alguno de los episodios anteriores, que cuando se presentó en Puebla á las autoridades realistas, el pueblo pidió á gritos su cabeza, y fué preciso poner la tropa sobre las armas para estorbar un motin. Realmente los insurgentes nada perdimos con la defecion de aquel bárbaro mutilador de prisioneros, pero el gobierno colonial halló en él un incansable perseguidor de sus enemigos.

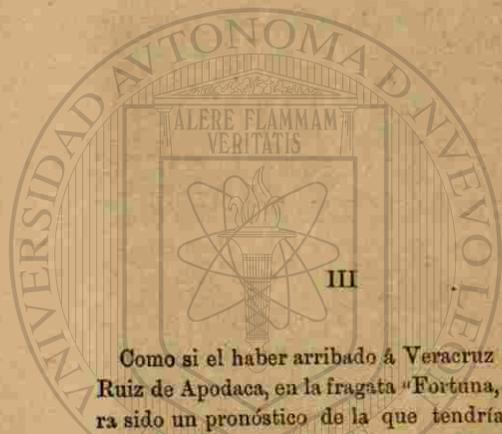
Nuestros desastres fueron en aumento al fin del año: D. Manuel de Mier y Terán fué derrotado en las lomas de Santa María, inmediatas á San Andrés Chalchicomula, por el coronel de Dragones Moran; D. Vicente Guerrero lo fué tambien el mismo dia en la Cañada de los Naranjes, por Samaniego, cerca de Izúcar. Los realistas se hicieron en esta accion de una buena vajilla de plata que usaba Guerrero; el teniente coronel D. José Rincon se apoderó el 25 de Diciembre del puerto de Boquilla de Piedras, sin que D. Guadalupe Victoria pudiese impedirlo. Las tropas del interior quitaron á los insurgentes las fortalezas cons-

truidas en la isla de Janicho, en la laguna de Pázcuaró, y en la isla de Mexcala, en la laguna de Chapala. Por último, D. Ignacio Rayon pudo salvar por milagro de que el traidor Vargas le entregase á los realistas del pueblo de los Reyes, de la Provincia de la Nueva Galicia. Vargas en indulto y unido á los realistas salió al alcance de Rayon, que se vió precisado á huir precipitadamente á Apatzingan y atravesar á nado el Rio de las Balsas.

Apodaca premió pródigamente con ascensos y otras recompensas á los realistas que tomaron parte en estas acciones, y esto aumentó su popularidad y su partido, pues obraba de modo distinto que Calleja, quien siempre fué muy parco en conceder grados y premios á sus oficiales.

Otra notable disposicion dictó Apodaca, y fué la "orden circulada á los comandantes de division, prohibiéndoles fusilar arbitrariamente á los prisioneros insurgentes, con los cuales deberian observarse las formalidades prevenidas por las leyes, para la formacion de procesos."

Gracias á Apodaca, los insurgentes no fueron considerados desde entónces como bestias salvajes, indignas de toda humana consideracion.



Como si el haber arribado á Veracruz D. Juan Ruiz de Apodaca, en la fragata "Fortuna," hubiera sido un pronóstico de la que tendría viendo morir la rebelion en los primeros meses de su gobierno, los prósperos sucesos para los realistas que acabo de referir, fueron tan sólo el prólogo de los que se realizaron á principios del año de 1817.

En primer lugar, el dia 7 de Enero se rindió por capitulacion al teniente coronel D. Matías Martin Aguirre, el fuerte de San Pedro de Océpore, construido y defendido por D. Ramon Rayon. Siete meses duró el sitio que los realistas pusieron al susodicho fuerte, y D. Ramon le defendió durante ellos valerosamente, pero al fin la escasez de viveres le obligó á rendirse, celebran-

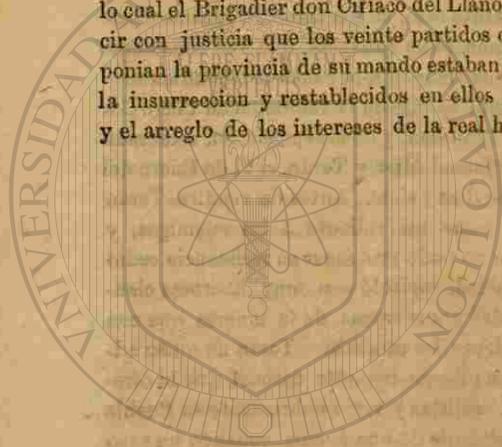
do una capitulacion altamente honrosa para los insurgentes.

No obstante esto, su hermano D. Ignacio desaprobó altamente su conducta, que fué considerada como una traicion á la causa independiente.

Otro tanto se dijo de la rendicion de Cerro Colorado y Tehuacan, y de la capitulacion celebrada per don Manuel Mier y Terán. el 21 de Enero del mismo año diez y siete. Antes de rendirse Terán combatió como un valiente á los enemigos, y cuando ya no pudo prolongar su resistencia cedió á la necesidad, capituló con muy honrosas cláusulas y salvó á sus tropas de la muerte que con el vencimiento las esperaba. Terán no quiso admitir el empleo de teniente coronel que le ofrecieron los realistas y vivió pobremente en Puebla como escribiente de una oficina, ganando un peso diario. Terán habia convenido con el comandante realista Bracho, que fué con quien capituló, que se le daria pasaporte para salir del país y dinero para gastos de viaje; pero no se le cumplió el ofrecimiento y por eso se resolvió á vivir de su trabajo personal sin solicitar ni admitir cosa alguna del Gobierno colonial.

Por último, cerraré esta série de reveses, noticiando que el dia 11 de Febrero el activo y temible cabecilla Osorno que desde los primeros dias de la revolucion habia sido árbitro y terror de

los Llanos de Apan, se presentó á disfrutar del indulto que desde el día 4 habia solicitado; con lo cual el Brigadier don Ciriaco del Llano pudo decir con justicia que los veinte partidos que componian la provincia de su mando estaban libres de la insurreccion y restablecidos en ellos el orden y el arreglo de los intereses de la real hacienda.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## IV

Efecto de la calma relativa en que los vecinos habian entrado, merced á la marcha de los sucesos políticos tan favorables á los realistas, causó por aquellos dias gran sensacion un caso que nada tenia que ver por cierto con los asuntos públicos.

Frontero al Hospital de San Pablo vivía en una buena casa que aun se conserva, un buen hombre llamado don Pascual Gayangos natural de Tulancingo, de buena y honrada fama y edad como de cuarenta años.

Hijo de un antiguo barretero criollo quedó á la muerte de su padre dueño de una pequeña fortuna que don Pascual, jóven todavía en aquel tiempo, aumentó tanto con su dedicacion al trabajo como con su matrimonio con una señora española viuda de un contratista del abasto de carnes.

Llamábase doña Manuela, era diez años mayor que don Pascual y extraordinariamente hermosa.

Contaba en la fecha de su matrimonio treinta años, y tales eran su gracia, su frescura y sus atractivos que nadie hubiérala creído mayor de diez y seis.

Desgraciadamente para sus maridos doña Manuela había recidido de la naturaleza con su hermosura, un carácter por demás ligero y predispuesto á galantes aventuras.

Su belleza que, repito, era extraordinaria y esta predisposición peligrosa le atraían las voluntades de todos los hombres y en su casa se vivía en continuas tertulias y fiestas, con gran pesar de su esposo, por mas que ni el primero ni el segundo hubieran tenido que sufrir falta ni ofensa alguna de doña Manuela.

Antes por el contrario, aquella señora había despedido de su sociedad, á mas de un importuno que suponiéndose con derechos que no le había dado osó comprometerla con los transportes de una pasión que casi naturalmente nació del trato de la hermosa española.

Inocente y buena esposa había sido y continuaba siéndolo, pero la envidia de sus amigas, propia de los caracteres femeniles, no dejaba de haber perjudicado algun tanto su crédito, suponién-

do en ella faltas que puedo asegurar nunca cometió.

D. Pascual durante veinte años de su matrimonio hizo cuanto no es creíble para cambiar el carácter de su esposa, pero frisaba ésta en los cincuenta y su hermosura se conservaba tal y tan grande como si solo contase la mitad.

Este no era entonces un fenómeno raro ni lo es tampoco hoy.

No se repite con frecuencia pero muchos casos se dan de él.

Doña Manuela no había tenido hijos de ninga no de sus dos matrimonios.

Quizás esto contribuyó en mucha parte á la conservacion de su belleza.

El hecho es que aun á aquella edad, hombre hubo que locamente se enamorase de ella.

Este hombre fué don Carlos Gayangos, primo hermano de don Pascual.

Las locuras que don Carlos hizo no tuvieron nombre, y pusieron en ridiculo á doña Manuela, á don Pascual y á él mismo.

D. Pascual se vió obligado á prohibirle que visitara su casa.

Esto ofendió extraordinariamente á doña Manuela, que siendo como era inocente, creyó que la determinacion de su marido daría mayor incremento á las hablillas contra ella desatadas.

Pero don Pascual se mantuvo firme en su propósito, y don Carlos mas demente cada vez aumentó el escándalo, paseando á todas horas la calle de doña Manuela.

Desde entonces la vida de los dos esposos se convirtió en un infernal suplicio.

D. Pascual comenzó á ver con desden á su esposa, y ésta contaba á cuantos querian oirla que su marido habia llevado su avilantez al extremo de enamorarse á sus criadas.

Esto era falso, pero por lo mismo que lo era los mal intencionados aparentaban creerlo y á su vez lo referian á todo el mundo.

A tal extremo habian llegado las cosas cuando se presentó en México y en casa de don Pascual una hermana de doña Manuela, mucho mas jóven que ella, y como ella tan hermosa.

Habia llegado de España y salido de Cadix, en cuyo puerto habia perdido á su marido de resultas de heridas recibidas en la guerra con los ranceses.

D. Carlos se valió de este pretexto para entrar de nuevo en la casa de su primo, al cual pidió la mano de su cuñada quien hallándose viuda hacia tres años, no tuvo inconveniente en admitir los ofrecimientos del primo político de su hermana.

La paz doméstica pareció restablecida, y la casa de don Pascual volvió á animarse y cobrar su antigua vida.

Pero pocos meses despues los murmuradores dieron en decir que don Pascual enamoraba á la hermana de su mujer y don Carlos á la esposa de don Pascual.

La susodicha hermana llamábase doña Luisa y uno de sus mayores encantos, que eran muchos, consistia en sus trenzas de pelo negro tan extraordinariamente largas, que por lucirlas las llevaba casi siempre sueltas y adornadas con lazos de seda roja.

A don Pascual le entusiasmaban aquellas trenzas y de continuo las elogiaba, con gran disgusto de doña Manuela, quien participando de las suposiciones malévolas de los murmuradores llegó á sentir celos y á creer que su marido amaba realmente á su hermana.

Y lo que vino á exaltar el amor propio de doña Manuela, fué que don Carlos concluyó por enamorarse completamente de doña Luisa.

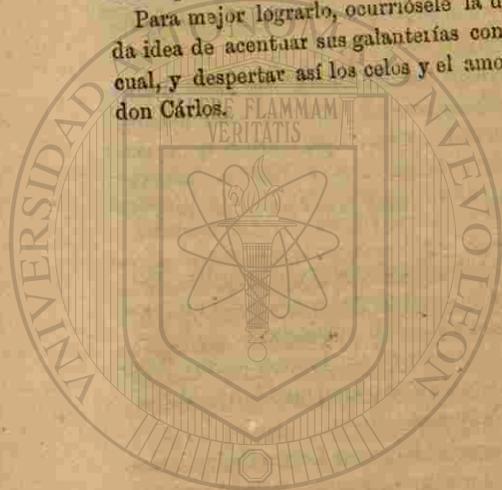
Nuevas tempéstates volvieron á cernirse en el cielo que cobijaba á aquella familia infeliz.

D. Carlos participo de la creencia general y dió por hecho que su primo amaba á doña Luisa.

Quiso violentar su matrimonio con ésta, pero ella enterada de que don Carlos habia enamorado á su hermana, no quiso prestarse á ser juguete de ninguno de los dos y manifestó á su novio que

no se casaría hasta hallarse completamente segura de que era positivamente amada.

Para mejor lograrlo, ocurriósele la descabellada idea de acentuar sus galanterías con don Pascual, y despertar así los celos y el amor firme en don Carlos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## V

Peligrosos han sido, son y serán siempre estos recursos para conquistar amores y voluntades y así lo atestigua el caso á que nuestra narracion se refiere.

D. Pascual ya no se las entendía entre su mujer, doña Luisa y don Carlos.

Porque debemos hacer constar que lo que hemos pensaba nuestro héroe era en enamorar á doña Luisa.

Pero la semilla de estas rencillas pocas veces deja de fructificar: temiéndolo así don Pascual, procuró distraerse lo mas posible, dedicándose por entero á sus negocios comerciales, extendiendo los antiguos cuanto le fué posible y emprendiendo otros nuevos.

Uno de los últimos que emprendió, fué el de a fabricacion de jabon.

Compró un terreno que lindaba con su casa y en él estableció su fábrica y muy en grande.

Admiracion producía á cuantos la visitaban, el arreglo y comodidad de cada uno de sus departamentos.

No obstante lo asqueroso de esta industria que aprovecha los despojos de animales muertos, se observaba una limpieza extrema en todas y cada una de las dependencias y con este fin cada una de las cinco *pañals* estaba aislada en una pieza construída exprofeso.

La de mayor tamaño media ocho varas de largo por cinco de ancho y estaba formada de magnífica cantería recubierta enteramente de azulejos; en su fondo recibían la acción directa del vivo fuego de los hornos seis magníficos cazos de cobre; cuatro enormes llaves de latón estaban destinadas á dar salida al líquido ya trasformado en jabón; la altura de la tina de la pañal era de dos varas y media.

Los operarios bautizaron á esta pañal con la denominación de la elefanta, en razon de su tamaño.

Cuando la elefanta trabajaba, era casi imposible penetrar en su departamento: el hedor que despedían los grasientos restos de los animales, hirviendo en un lago de fuerte lejía de tequesquite, era insoportable: un espeso humo envolvía

y sofocaba á los hombres encargados de mover incesantemente con largos palos el contenido de la pañal.

Estos hombres de pié en fuertes tablones apoyados por sus extremos en los bordes de la pañal, estaban sujetos por la cintura á unas fuertes cadenas sólidamente amarradas á las vigas del techo. Esta precaucion tenia por objeto evitar que el operario cayese dentro de la tina en cuyo caso habria recibido una muerte instantánea y deshéchose su cuerpo en menudos fragmentos.

D. Pascual poseía el secreto de un procedimiento por medio del cual y merced al refuerzo que se daba á la lejía con ciertos agentes químicos de poderosa acción, la destruccion de las materias orgánicas era en extremo violenta y aun los mismos huesos se rompían en pequeños pedazos dejando libre su médula.

Si un desventurado operario hubiera caído en la pañal en aquellos momentos, difícilmente habria podido encontrarse, trascurrida media hora, ni un fragmento de su carne ó de sus huesos á que dar cristiana sepultura.

No obstante estas útiles distracciones, don Pascual no consiguió hacer menos pesada su existencia. ®

Dña Luisa continuó dando celos á don Carlos con don Pascual, quien repetidamente se veía com-

prometido delante de su esposa por las imprudencias de su hermana.

Doña Manuela acaba por perder la paciencia y al paso que confundía á desprecios á don Carlos que continuaba acosándole con sus galanterías, maltrataba con duras expresiones á doña Luisa y á don Pascual.

Alguna vez llegó á amenazar á uno y otro con nacerlos arrojar á la gran paila.

—Sería—les habia dicho entre veras y burlas, —un gran medio para lavar la mancha que ambos pretendéis echar sobre mi honra, el convertirlos en jabon.

D. Pascual nunca escuchó con gusto esta amenaza: cansado de las impertinencias de su mujer lleg á creerla capaz de cumplir su amenaza.

—Anda tonta, todo ello no tiene mas objeto que hacer rabiar á ese necio de don Carlos y obligarle á enamorarse de mí de un modo que no pueda caberme duda. Suponiendo otra cosa te ofendes y me ofendes: tu marido está ya extraordinariamente viejo para que á mí me guste.

Estas bromitas de doña Luisa no le hacian gracia á don Pascual; no le gustaba que le llamasen viejo.

—Ni lo soy todavía,—contestaba,—ni me considero tan echado á perder que no pueda apasio

narse de mí una mujer, aunque sea tan hermosa como tú.

—Vaya una vanidad!—observó doña Luisa y con maliciosa sonrisa y solo por hacer rabiar á su hermana añadió:—vanidad sí, y sino haz la prueba de enamorarme y verás como te va.

D. Pascual lo haria ó no, pero lo cierto es que doña Manuela continuó poniéndose mas furiosa cada vez y concluyó por tomar verdadero odio á su marido y á su hermana. Un dia le dijo á ésta:

—Te advierto que el mejor dia te curo de tu coquetería.

—Haciéndome jabon?—preguntó doña Luisa riéndose de buena gana.

—No.

—Cómo entónces?

—Rapándote la cabeza.

—Sí, eh? y con qué objeto?

—Imagínatelo tú: toda tu hermosura estriba en tu hermoso pelo: si un dia te lo corto quedarás convertida en un horrible muñeco.

Doña Luisa volvió á reirse de su hermana, pero don Pascual, que como dije, de todo creia capaz á su mujer, le dijo:

—Deja á un lado esas chanzas, y no vayas en un momento de mal humor á cometer tal disparate. Las trenzas de tu hermana son una maravilla digna de ser respetada.

—Ola!—observó con aspereza doña Manue-  
la con que te parecen una maravilla! ¿qué aposta-  
mos á que de veras estás enamorado de Luisa?

—Mujer,—contestó pacíficamente don Pascual.  
—hago un elogio que á cada instante hace todo el  
mundo; pero tú en todos pretendes ver negros  
con tranchetes.

—Pues por si acaso,—contestó doña Manuela,  
—mira bien lo que haces, no sea que el mejor día  
meta yo tijera á esa maravilla.

—Dios te libre de ello—exclamó con positivo  
enfado don Pascual.

—Ola! ola! serias capaz de matarme?

—No, mujer, no; no digas disparates.

—Entonces ¿qué me harías?

—Yo lo se.

—Pero yo no; así es que espero me saques de  
la curiosidad.

—Déjame en paz, mujer, déjame en paz!

—Te digo que tengo ganas de saberlo.

—Y yo que no me acomoda decirlo.

—Sí, eh? pues verás como si no lo dices, yo  
te obligo á cumplir tu amenaza.

Y diciendo esto, doña Manuela, perdido todo  
respeto aun á sí misma, tomó unas tijeras y se  
abalanzó con ellas sobre su hermana.

D. Pascual ya no quiso sufrir mas y tomando de  
un brazo á su mujer la obligó á soltar las tijeras.

Doña Luisa sin inmutarse ante el giro de aque-  
lla escena reía á carcajadas.

Doña Manuela miraba mientas tanto con ojos  
de leona herida al desventurado de don Pascual.  
Algo muy malo, algo muy grave meditaba en  
aquellos momentos.

Triste situacion era aquella á que se veia re-  
ducida una familia por mil títulos apreciable.

Y todo por qué?

Por no haber á tiempo reprimido doña Man-  
uela sus inclinaciones á una inocente coque-  
tería.

Porque es el caso que todos estos personajes  
eran buenas y honradas personas incapaces de  
una mala accion.

Allí no habia habido mas que un solo criminal;  
don Carlos el primo de don Pascual.

Lo demas lo habia hecho la pícara coquetería

Algunos días despues de estos sucesos súpose con sorpresa en el extenso círculo de las amistades de don Pascual que doña Luisa habia tenido un fuerte disgusto con su hermana, á consecuencia del cual habia salido para Veracruz y embarcándose allí para España.

De nadie se despidió, á nadie quiso ver y ni aun á don Carlos, que casualmente se hallaba fuera de México, comunicó su partida.

Ocho dias mas tarde, don Pascual se presentó á la autoridad en un estado de horrible agitacion.

Doña Manuela habia desaparecido de su casa sin dejar rastro alguno que permitiera sospechar á donde se habia dirigido.

Cuantas pesquisas se hicieron resultaron enteramente infructuosas.

Por medio de un exhorto, el Juez de Guadajna- to donde se hallaba don Carlos puso á éste en prision, pero nada, absolutamente nada resultó en su contra.

Doña Manuela no habia ido á Guanajuato.

En todo esto se pasó mas de un mes.

Al cabo de él, pocas personas hacian de vez en cuando alguna referencia á lo sucedido en casa de don Pascual.

Pasó otro, y nadie se acordó de ello, ni mucho ni poco.

Soló el desventurado marido no volvió á recobrar la calma.

A cada instante y especialmente en las noches le acometian una especie de raptos de locura y durante los accesos parecia poseido de un pánico temor y pronunciaba palabras ininteligibles.

Los jueces llegaron á sospechar que doña Manuela pudiera haber sido víctima de un crimen y su marido el criminal.

Se renovaron las diligencias pero de ellas solo resultó la inocencia de don Pascual.

Los accesos fueron siendo cada vez menos fuertes pero nunca llegaron á desaparecer por completo.

Los negocios de la casa, abandonados durante algun tiempo, tomaron de nuevo su curso, y la fortuna continuó vertiendo sus favores sobre don Pascual.

La gran fábrica de jabon entrò á su vez en movimiento.

La pieza destinada á la famosa pañade la ea-

fanta, habia permanecido cerrada varios meses cargada de despojos animales.

El mismo don Pascual quiso abrir la puerta por su propia mano.

La pestilencia era horrible y á causa de ella no quiso que ninguno de sus operarios se perjudicase permaneciendo allí y él tomó á su cargo el remover la leña por mas que se le hizo observar el riesgo que corria.

—Nada me importa,—contestó:—la vida me es insoportable: soy demasiado buen cristiano para quitármela violentamente pero si Dios dispusiera que por entrar en la pieza de la gran paila mi vida concluyera, mucho agradecería el favor á su Divina Majestad.

D. Pascual mandó cargar de leña los hornos que bien pronto aparecieron bocas del infierno, y cuando el pestilente líquido comenzó á hervir el amo entró á cumplir su cometido de remover las apestosas grasas.

Cuando se juzgó completa la coccion se abrieron las llaves de bronce y se llenaron los moldes.

Era casi de noche y á pesar de ello don Pascual no quiso que se llevaran luces.

Extraidas las grasas, don Pascual examinó con escrupulosidad los residuos, y no hallando en ellos cosa que llamase su atencion los hizo extraer del fondo de la paila y arrojarlos en los hornos y é

mismo presenció su combustion hasta verlos reducidos por completo á impalpables cenizas.

Esta operacion duró hasta muy cerca de la madrugada.

No habria hablado de ella si no fuese por un incidente que impresionó mucho á don Pascual.

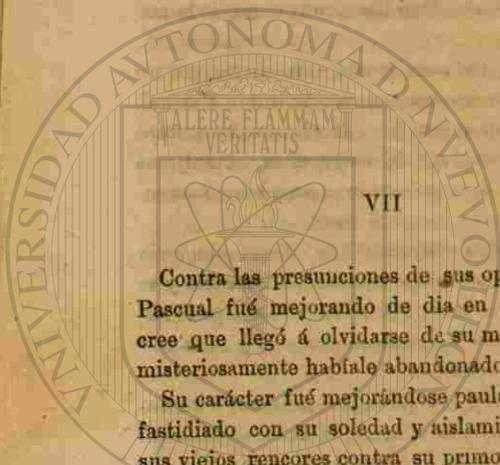
Uno de los operarios al arrojar en los hornos los residuos extrajo de entre ellos unas tijeras que presentó á su amo quien se puso horriblemente pálido y lanzó un grito espantoso.

Los operarios creyeron que iba á acometerle uno de sus habituales accesos de demencia y se asustaron en extremo: pero don Pascual pudo sobreponerse á su dolorosa enfermedad y el acceso pasó sin consecuencia.

Pero una vez concluida la operacion y vuelto don Pascual á su habitacion, el acceso se presentó de nuevo y fué uno de los mas largos y peligrosos que le acometieron.

Al retirarse los operarios, uno de ellos dijo á sus camaradas:

—Fatal ha puesto al amo la desaparicion de doña Manuela; ántes era hombre que no se hubiera asustado de un cañon y ahora, como si fuese una niña, le asusta la vista de unas tijeras. Creo que el amo durará poco, pues ó muere en una de éstas ó necesitamos llevarlo á San Hipólito.



Contra las presunciones de sus operarios, don Pascual fué mejorando de día en día y aun se cree que llegó á olvidarse de su mujer que tan misteriosamente habíale abandonado.

Su carácter fué mejorándose paulatinamente y fastidiado con su soledad y aislamiento, depuso sus viejos rencores contra su primo don Carlos, que permanecía en Guanajuato, y le escribió llamándole á su lado indicándole que pues no tenía hijos él podría ser su heredero.

D. Carlos le contestó aceptando su invitacion y entre sus cartas hubo una que por su importancia reproduzco aquí.

Decía así:

"Mi querido Pascual: Por mas que tus cartas me han demostrado cuánto necesitas en tu soledad del único pariente próximo que te queda,

y por mas que yo deseo complacerte, no me ha sido posible, aunque he puesto en ello todo mi empeño, realizar en buenas condiciones los cortos restos que aquí conservo de mi antiguo capital.

"Aunque tú me repites en todas las tuyas que tu propia fortuna sobra para hacerme rico sin quedar tú pobre, no he juzgado oportuno mal vender lo que aun tengo, que aunque, repito, es poco, no merece, sin embargo, ser visto con desprecio.

"Ahora la situacion ha variado y estoy en visperas de poder acceder á tus deseos trasladándome á tu lado, pues se me ofrece comprador para mis propiedades.

"Me anima tanto mas á venderlas el giro que segun parece van á tomar los asuntos públicos con la llegada al país del español don Francisco Javier Mina: estoy seguro de que yo sé de este asunto, muchos pormenores que tú ignoras y voy á enumerártelos, seguro de que en saberlos encontrarás distraccion á tus penas.

"Este don Francisco Mina es hijo de un propietario de Monreal, de la provincia española de Navarra, y nació en el mes de Diciembre de 1789, de modo que cuenta de edad unos veintisiete años.

"Apesar de su corta edad es hombre que ha llenado con la fama de su arrojo y valor la comarca en que nació.

«Dedicábase en Salamanca á la carrera del foro cuando tuvo principio la invasion de España por los franceses y haciendo á un lado los libros se alistó con fervor patriótico en el ejército del Norte: desbaratado este por el enemigo, Mina volvió á Navarra, cuyas fragosas montañas conocia palmo á palmo, efecto de su diversion favorita, que es la de la caza: en ellas invitó á doce jóvenes camaradas á formar una guerrilla con que molestar al enemigo, caer sobre él cuando auduviese en pequeñas partidas, é interceptar sus convoyes y hacerles cuanto daño estuviera al alcance de sus fuerzas.

El éxito fué inmejorable desde luego, pues siguiendo el ejemplo de Mina otros muchos jóvenes insurreccionaron la Navarra que poblada quedó de aquellos célebres guerrilleros que acababan con los ejércitos franceses sin que estos pudieran jamás llamarlos á una batalla en forma.

«Tanto llegó á señalarse, que la Junta central le nombró coronel y la de Zaragoza comandante en jefe de Aragon, á pesar de que por su edad era entonces casi un niño.

«La fatalidad, que muchas veces no respeta ni la justicia de una causa ni el patriotismo con que se defiende, hizo que Mina cayera en una accion prisionero de los franceses, quienes admirados de su valor y de su juventud no quisieron fusilarle

como á otros tantos jefes españoles, y e enviaron preso á Francia, encerrándole en el castillo de Vincennes.

«Allí supo hacerse simpático á sus mismos carceleros y nada ménos que el general Lahorie tomó á su cargo dar al prisionero una completa instruccion militar enseñándole por sí mismo las matemáticas y las ciencias de la guerra. D. Javier hizo en ellas progresos asombrosos, en tanto que su tio don Francisco Espoz y Mina, sucediéndole en el mando de Navarra, elevó á su mayor grado la fama de la guerra de guerrilleros iniciada por él.

«Concluida la guerra en Francia Mina regresó á España; pero no queriendo sufrir el restablecimiento del régimen absolutista planteado por Fernando Sétimo, combinó con su tio una conjuracion que abortó no habiendo sido aun madurada y obligó á emigrar á sus autores.

«Mina pasó á Inglaterra, cuyo gobierno atendiendo á su relevante mérito le asignó una cuantiosa pensión.

«Allí conoció y trató á muchos mexicanos y entre ellos y sobre todos al doctor don Servando Teresa Mier, quien le indujo á trasladarse á América y luchar por su independencia. ®

«Aceptado el plan por el jóven navarro los comerciantes pusieron á su disposición adundantes recursos; con ellos compró un buque y acompaña-

do de varios amigos de su confianza dejó las costas de Inglaterra á fines de Mayo de 1816 y se dirigió á las de los Estados Unidos.

Ya en ellas dos oficiales de los varios que le habian acompañado le delataron al Ministro de España quien solicitó del gobierno de la República impidiera la salida de la expedicion, pero no pudo conseguirlo y el nuevo insurgente reclutó un buen número de aventureros y se hizo de armas y pertrechos en abundancia y salió al mar haciéndose á la vela en Baltimore el 27 de Setiembre.

“Vencidos una multitud de accidentes que á los buques ocurrieron en la navegacion, Mina arribó el 24 de Noviembre á la isla de San Luis ó Galveston en el Golfo de México, y allí esperó los avisos que habia de darle el doctor Mier; parece que éste, amedrentado por las tempestades que su goleta sufrió, tomó de nuevo rumbo á Nueva Orleans, de donde habia salido; pero el capitán de la goleta informó á Mina de que el puerto de Boquilla de Piedras que suponian en poder de Victoria, habia sido tomado por los realistas, lo mismo que el de Nautla: esto le obligó á cambiar de plan y el 15 de Abril de 1817 la gente de Mina desembarcó en la embocadura del río Santander, distante unas diez y ocho leguas de la villa de Soto la Marina. En ella entró el 22 el nuevo paladin insurgente sin encontrar resis-

tencia alguna, pues su comandante, el teniente coronel Don Felipe de la Garza, la abandonó al aproximarse Mina, invitando á los principales vecinos á hacer otro tanto, asegurándoles que las gentes que acababan de desembarcar eran herejes y excomulgados, con los cuales no podian tratar cristianos sin grave perjuicio de sus almas. Otro tanto dijo y á otro tanto invitó á los vecinos de Santander, y Mina pudo recorrer sin obstáculo toda la comarca, conquistando la voluntad general, conquista que se tradujo en la adquisicion de mas de doscientos mexicanos que voluntariamente se sometieron á su mando y direccion.

“Gran parte de los extranjeros reclutados por Mina en los Estados Unidos los trajo á bordo de sus buques el comodoro Aury, nombrado por Herrera gobernador de Texas, y el resto vino en los nombrados “Congreso Mexicano,” “Cleopatra,” “Neptuno,” y “Elena Tooker,” fletados por Mina; del primero se deshizo vendiéndolo á Aury, y los tres restantes quedaron en la boca del río Santander cuya barra y estructura no permitieron que pasaran adelante.

“Contra esta flotilla salieron de Veracruz el 14 de Marzo la fragata de guerra “Sabina,” de la real marina española, y las goletas “Belona” y “Proserpina,” al mando del Brigadier Don Francisco Beranger.

"En cuanto la "Elena Tooker" apercibió la bandera real de la "Sabina," levó el ancla, y aprovechando un buen viento escapó de su alcance, y las escasas tripulaciones de la "Cleopatra" y el "Neptuno," que eran buques viejos y pesados, ganaron en las lanchas la tierra, dejando en ellos por único habitante un gato que se resistió á salir.

"Esto lo ignoraba Beranger, y así fué que al aproximarse á ellos rompió un vivo fuego de cañón, y notando que nadie le contestaba, botó las lanchas y abordó los solitarios buques y les prendió fuego juzgándolos inservibles.

"Esta ridícula batalla naval ha sido celebrada en México, segun me avisan mis corresponsales, como si la de Lepanto hubiera sido, y aun me notician que en vista del pomposo parte de Beranger, el virey ha concedido á los soldados un escudo que llevarán en el brazo derecho, representando un mar, con este epígrafe: "Al importante servicio en Soto la Marina."

"Mis noticias son que Don Francisco Javier ha mandado construir un fuerte regularmente defendido al Oriente de la villa y á la márgen del río, y que en esta obra se emplearon todos los expedicionarios, dando ejemplo el mismo Mina.

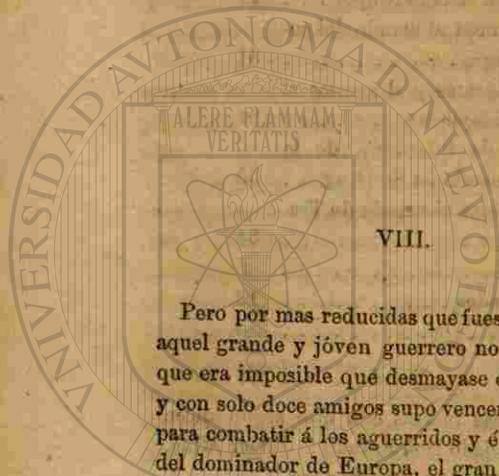
"Tiene este fuerte una guarnicion de cien hombres al mando del mayor Don José Sardá, espa-

ñol de Cataluña, y segun aquí se dice Mina se ha puesto en movimiento con la siguiente fuerza:

General con su Estado Mayor . . .	11
Guardia de honor al mando del coronel Young . . . . .	31
Caballería, húsares y dragones al mando de Mayllefer . . . . .	124
Regimiento de infantería de la Union al mando de Sterling. . .	56
Primero de línea al mando de Travino . . . . .	64
Artillería . . . . .	5
Criados armados . . . . .	12
Ordenanzas . . . . .	5
Total . . . . .	308 hombres

"Tales son las fuerzas con que segun dicen cuenta este arrojado Don Francisco Javier Mina, sin añadir ni quitar un solo hombre.

"Esto no obstante, por aquí hay grande alarma y temiendo que ella pueda perjudicarme, me he resuelto á vender, como al principio te digo, mis propiedades, cuya venta me facilitará, querido Pascual, trasladarme á tu lado para acompañarte y consolarte y procurar tu bien, objeto que sinceramente desea conseguir tu primo hermano que muy deveras te quiere.—Carlos Gayangos."



Pero por mas reducidas que fuesen sus fuerzas, aquel grande y jóven guerrero no desmayó, porque era imposible que desmayase quien niño aún y con solo doce amigos supo vencer y tener valor para combatir á los aguerridos y épicos ejércitos del dominador de Europa, el gran Napoleon.

Así lo pensó tambien el Virey Apodaca, hecho á su vez á combatir como bueno por su patria, y dominada como lo estaba la revolucion en casi todo el territorio de la Nueva España, pudo disponer de fuerzas numerosas que dirigir contra Mina.

Este no podia ser en Nueva España, cuyo terreno le era completamente desconocido, tan temible como en Navarra, cuyo plano, aun en sus memorias 'accidentes pudiera haber dibujado de me-

moria y con ello contaba Apodaca para destruirlo; á este fin se encaminaron sus esfuerzos y sus planes, basados sobre todo en la celeridad de las operaciones militares, pues no ignoraba que Mina, habia de proceder con no ménos actividad.

Burlando la vigilancia de Don Felipe de la Garza, y con propósito de ponerse en comunicacion cuanto ántes con los jefes insurgentes criollos, se dirijió el pequeño ejército de Mina al Sur de la península del Nuevo Santander, Estado hoy de Tamaulipas.

En la Hacienda del Cojo hizose de setecientos excelentes caballos que su dueño Don Cayetano Quintana destinaba á los realistas, y aunque muchos hubieron de extraviarse en la oscuridad de la noche, le quedaron los suficientes para montar bien su caballería, que tomó á la grupa á los infantes, con el fin de violentar las marchas.

El 8 de Junio de 1817, Mina libró su primera batalla en tierra americana, derrotando completamente al realista Don Cristóbal Villaseñor en las inmediaciones del pueblo de Valle del Matz.

El coronel Don Benito Armiñan, al frente de una poderosa division se adelantó á marchas forzadas sobre Mina, quien, no entrando por entonces en sus planes aceptar nuevas batallas, salió de Valle del Matz con direccion al Bajío.

El 14 de Junio se alojó con sus escasas fuerzas

en la Hacienda de Peotillos, de la propiedad de los frailes Carmelitas, á catorce leguas de San Luis Potosí.

Armiñan le siguió sin darse lugar de reposo, con tanto mayor motivo, cuanto que contando con dos mil hombres, mil cien de caballería, seiscientos infantes y trescientos de reserva, supo que el enemigo solo disponia de unos trescientos combatientes.

Estas noticias las tuvo Armiñan por dos heridos, soldados de Mina, que habian quedado curándose en Valle del Maíz y á los cuales hizo fusilar sin compasion alguna en cuanto se convenció de que ningun otro informe tenian que darle.

El dia 15 Mina avistó á los realistas, y saliendo inmediatamente de la Hacienda con solo ciento setenta y dos hombres, formó su línea de batalla, y la accion dió principio con mal éxito para los insurgentes; pero el valeroso jóven navarro no se desconcertó, y arengando á su puñado de valientes como él sabia hacerlo, formó un cuadro cerrado y avanzó sobre la caballería enemiga que no pudo resistirle, y entró en desorden tal, que todo el ejército realista se desbandó y dió á huir con tal prisa, que como dice un historiador, el teniente coronel Piedras, comandante de la caballería arrebatado por el torrente no paró hasta Rio Verde, y no se supo de él en muchos

dias; Rafols, otro de los jefes, hizo que un corneta le tomase en ancas, y Armiñan, que huyó como todos los demás, se retiró hasta San José, situado en una estrechura que formaba el camino un destacamento de caballería de Sierra Gorda para contener á los fugitivos; mas estos venian tan llenos de temor, que se clavaban ellos mismos en las lanzas de los soldados.

Mina perdió en esta accion entre muertos y heridos cincuenta y seis hombres de los ciento ochenta y dos con que entró en batalla: Armiñan perdió mas de cuatrocientos, y no obstante quiso hacerse pasar como victorioso en el parte que dió á Apodaca, parte célebre porque no sabiendo ya qué decir para ocultar su derrota lo terminó con estas palabras: "*no hay mas papel.*"

Como no habria sido prudente aguardar á que Armiñan se rehiciese, Mina salió de Peotillos y en la Hedionda el cura le recibió con repiques á la vez que contando el reducido número de los soldados dió aviso de ello al comandante de San Luis. En la hacienda del Espíritu Santo entró sin resistencia alguna, pues sus defensores habian huido y sólo encontró mujeres que salieron á recibirle en procesion llevando en andas una imágen de la Virgen. Al anochecer del mismo dia llegó al Real de Pinos é intimó la rendicion al subdelegado López Portillo encargado de su defensa; pe-

ro éste contestó con altivez y Mina se preparaba á tomar la poblacion por asalto al siguiente dia, cuando algunos de sus soldados escalando unas azoteas se introdujeron durante la noche en la plaza, sorprendieron á los realistas y se hicieron dueños del Real.

Ya en las llanuras de la provincia de Zacatecas y despues de tres dias de fatigosa marcha en que los expedicionarios padecieron hambre y sed, una partida de caballeria insurgente, tomándolos por realistas al verlos bien uniformados y armados, hizo fuego sobre ellos y comenzó tan rícidamente á batirlos que grandes dificultades tuvieron para atraerla á parlamento: una vez este logrado, Mina supo con gran satisfaccion que á nueve leguas de allí se encontraba el Fuerte del Sombrero ó de Comanja mandado por don Pedro Moreno jefe de las fuerzas encargadas de aquel rumbo.

Hallábase ya pues en territorio insurgente despues de haber andado en treinta dias doscientas veinte leguas en país ocupado por los realistas, á los cuales habia vencido en dos reñidas acciones luchando en una de ellas, la de Peotillos, con fuerzas diez tantos superiores á las suyas.

D. Pedro Moreno recibió á Mina con grandes demostraciones de afecto y de admiracion, bien justificada por cierto, pues el valiente y generoso aliado no habia tenido hasta entónces número de

hombres superior à trescientos y sólo con doscientos sesenta y nueve entró en el fuerte en la madrugada del 24 de Junio.

La reunion de Mina con los insurgentes no podia ser vista con indiferencia por los realistas y todos sus esfuerzos se concentraron en el propósito de derrotarle ó inutilizarle antes de que prosiguiese su marcha hácia el foco de la insurreccion.

Ordoñez, comandante general de Guanajuato, y Castañon con sus tropas volantes, marcharon con direccion al fuerte del Sombrero al frente de unos ochocientos hombres escogidos.

No faltaron quienes diesen aviso de ello á Mina, y buscando no sólo el demostrar á los insurgentes que era digno del aprecio con que le habian recibido, sino desconcertar á los realistas con las pruebas de su arrojo, salió al encuentro de Ordoñez con doscientos de los suyos, poco mas de ciento de don Pedro Moreno, quien tambien quiso acompañarle, y un destacamento en mal estado de armamento y disciplina, de que era jefe Encarnacion Ortiz, llamado el Pachon.

En las inmediaciones de la hacienda de San Juan de los Llanos, á once leguas de San Felipe, avistáronse las fuerzas de Mina y Ordoñez; y tomadas por una y otra parte las oportunas disposiciones, la batalla comenzó haciendo Ordoñez

una descarga cerrada que por poco da muerte á Mina, quien por milagro salvó de ella, pues algunas balas atravesaron su uniforme é hirieron ligeramente á su caballo.

Sin duda aquello enardeció mas y mas el valor de Mina, y sus disposiciones fueron tan acertadas y el vigor del ataque tal, que en pocos momentos el coronel Young á la bayoneta, el mayor Mayllef con la caballería, y Ortiz, el Pachon, con sus lanceros, dieron al traste con los realistas, que en sólo ocho minutos que duró la accion fueron completamente derrotados.

Muertos quedaron en el campo de batalla los dos jefes realistas Ordoñez y Castañon y trescientos treinta y nueve soldados: se les hicieron doscientos veinte prisioneros, y se les tomaron dos cañones, quinientos fusiles, y gran cantidad de vestuario y municiones de toda especie.

Mina tuvo sólo ocho muertos y nueve heridos; pero entre los primeros estuvo el mayor Mayllef, jefe de los húsares y dragones, suizo de nacimiento, que se había distinguido en primera línea combatiendo en la Francia del 93 contra los ejércitos extranjeros enemigos de la República. Mina, que sabía bien lo que aquel hombre valía, deploró su muerte como una de las mayores desgracias que pudieran haberle acontecido.

Esta accion tuvo lugar el 29 de Junio de 1817

y hubo de notable en ella, á mas de lo que dejo dicho, que, efecto de la celeridad de Mina en el ataque, el enemigo no tuvo tiempo de abrir sus cajones de metralla y teniendo á mano buenas talegas de pesos duros cargó con ellos los cañones, lujo y suceso seguramente sin precedente y que quizá no volverá á repetirse.

En el fuerte del Sombrero, en la residencia de la Junta de Jaujilla, y en todos los lugares ocupados por los insurgentes, la accion de los Llanos fué celebrada con entusiasmo y grandes regocijos.

Mina, dispuso que los prisioneros realistas fueron puestos en completa libertad y se les facilitaron recursos y bagajes para que se marcharan á donde mejor les acomodase, caso de que no quisieron unirse á sus fuerzas, en las que habian de servir con lealtad sopena de ser fusilados á los primeros indicios de traicion. Sólo un escaso número admitió la libertad; el resto de los prisioneros pidió permanecer al mando de tan extraordinario caudillo.

Si habian de proseguirse con algun fruto las operaciones, necesario era disponer de recursos suficientes, y no habiéndolos en el campo insurgente, indispensable fué que Mina se los proporcionase recurriendo para ello á un expediente que constituyó el único borron que mancha su justa y sin esto limpia fama.

Noticioso de que en la hacienda del Jaral, el marqués del mismo título guardaba una gran cantidad de numerario, determinó asaltarla como lo hizo el 7 de Julio, aunque sin hallar resistencia, porque el Sr. de Moncada, al saber la proximidad de Mina, salió con trescientos de sus servidores para la hacienda del Bizcocho.

Uno de los criados del marqués descubrió al jefe insurgente el lugar en que había sido enterrado el dinero, y de una pieza inmediata á la cocina se extrajeron ciento cuarenta mil pesos, que, colocados en carros, fueron confiados á una escolta que los condujese al fuerte del Sombrero.

La tal escolta era tan de fiar, que en el camino se robó treinta y tres mil pesos, cuyo paradero fué imposible descubrir.

Tal era la moralidad de aquellos malos insurgentes.

Esta depredación de Mina es como dejo dicho la mancha que oscurece la limpiéza de su conducta, pues por mas que en aquellos años fuese cosa ordinaria y comun el despojar á los ricos para fomentar la revolucion, Mina era hombre de muy distinta clase y en todas sus proclamas habia ofrecido respetar la propiedad ajena.

Al llegar al fuerte del Sombrero el insurgente español, encontró al Padre Torres y al Doctor San Martín y al Licenciado Cumplido, que llenaron

á nombre de la Junta de Jaujilla el encargo de felicitarle por su llegada y de ponerse de acuerdo con él sobre el plan de operaciones que sería conveniente seguir.

El Padre Torres convino en ceder el mando en jefe á Mina; pero obligado tan sólo por la opinion de Cumplido y San Martín y no porque comprendiese la conveniencia de hacerlo así. Este Padre Torres, hombre díscolo é indomable por carácter, fué desde entóncea una de las rémoras que encontró Mina para el buen éxito de sus planes, y jamas dejó de verle con mal disimulada envidia.

La rápida sucesion de los triunfos de Mina alarmó como era natural al virey Apodaca, quien dió el encargo de exterminarlo al mariscal de campo D. Pascual de Liñan, poniendo á su disposicion cuantas tropas operaban al mando de distintos jefes en las provincias vecinas al teatro de las operaciones de Mina, al cual declaró en su proclama de 12 de Julio, "sacrilego, malvado, enemigo de la religion y traidor á su rey y á su patria."

Ofreció, además, quinientos pesos y el indulto á quien le presentase la cebeza del nuevo y temible insurgente que habia venido á alverar la tranquilidad de un país que estaba tocando al término de su entera pacificacion.

Entre las instrucciones que se comunicaron á Liñan, estaba una que por sí sóla hace el elogio

del jóven navarro, y que decia: "procurase desvanecer los terrores que en las tropas y en los pueblos habia inspirado Mina y su gavilla de extranjeros, á pasar de la cortedad de su número."

Este terror era tan grande, que al pasar Liñan revista á los ciento diez hombres que mandaba don Ildefonso de la Torre, que dependia de la division de Orrantia, los halló tan aterrorizados, que por su informe al virey, hizo juzgar en México y ante un consejo de guerra, á don Ildefonso por haber demostrado cobardía.

## VIII

La carta de don Carlos Gayangos á su primo don Pascual, reproducida en uno de los anteriores capítulos, hizo que éste esperase con cierta relativa calma su llegada.

Pero léjos de estar tan próxima, como la susodicha carta prometia, la vuelta de don Carlos á México se fué propagando de tal modo, que el infeliz marido de la hermosa doña Manuela llegó á perder la paciencia.

Por más que la desaparicion de su mujer debiera haberle devuelto la tranquilidad, y así se creyó durante los primeros meses de salvada aquella espantosa crisis, durante la cual estuvo casi loco, segun dejó escrito, conforme el tiempo fué pasando, don Pascual volvió á empeorarse y sus amigos y criados comenzaron á darle por perdido.

Sin ser un loco tenía manías de tal, ocurríansele estrambóticas ideas y en tal cual ocasión, alguno de sus sirvientes salió mal parado de sus manos.

Referiré una de sus estrambóticas ocurrencias y uno de sus atropellos á sus criados:

Una vez vaciada la gran paila, denominada "la Elefanta," y convertido en jabon su pestilente contenido, don Pascual mandó cerrar la puerta y asegurarla con fuertes candados.

En algunos meses no volvió á ocuparse de "la Elefanta;" pero aquellos pasados, dió en decir que trataban de robarle el jabon depositado en ella, y en reñir bárbaramente á cuantos operarios se detenían por casualidad frente á la sellada puerta.

Persistiendo en esta idea, dispuso un día que los grandes panes del jabon de "la Elefanta" fuesen trasladados á una habitacion inmediata á su recámara, operacion que por sí mismo vigiló, siempre con la idea de que alguno de los panes le fuese robado.

Mucho dió que decir á los operarios aquella estrambótica determinacion y no faltó uno, que por maldad ó por lo que se quiera que fuese, cayera en la tentacion de robar uno de los citados panes.

Quiso su desgracia que cuando con él salía de la

pieza en que todos estaban guardados, acertase á descubrirle don Pascual.

Lanzóse sobre el ladrón y hubiérale matado, si al ruido de la disputa no hubiese acudido el resto de la servidumbre.

Separados amo y criado, aquel tomó el voluminoso pan de jabon y al guardarle de nuevo, le decía á gritos como si hubiera hablado con un sér racional y capaz de oírle:

—¡ Quieto, quieto ahí, maldito: aún no ha sonado la hora de que puedas vengarte de mí!

Los que esto oyeron decir á don Pascual, juraron á piés juntillas que sólo un loco podía decir tales necedades á un pan de jabon.

De todo ello fué avisado don Carlos, que se apresuró á escribir á su primo la siguiente carta:

"Mi muy querido Pascual: Cuantos á tí y á mí nos quieren bien, me aseguran en sus cartas que mi tardanza en regresar á México segun tus deseos, ha exaltado de tal modo tu carácter, que eres injusto aun con aquellos que mejor te quieren y más tierna solicitud te demuestran.

Esto me hace suponer que tambien contra mí has de estar irritado, y me confirma en tal idea el hecho de haberme escaseado tus cartas, á tal grado, que ya ni recuerdo la fecha de la última que me escribiste.

Eres muy injusto conmigo.

Si no estoy ya al lado tuyo, es porque me ha sido materialmente imposible. Cerrado casi el trato de venta de mis propiedades en este rumbo, la alarma producida por la expedición de Mina, retrajo al comprador y desbarató todos mis proyectos.

Hubiéralo dado todo al diablo sin la circunstancia que paso á referirte:

Hará un mes, uno de los criados de mi rancho del Alamo, se me presentó con unas piedras extrañas de la pared de un pozo que fué necesario limpiar.

Esa piedra era un trozo mineral tan sumamente rico en plata que, francamente, me entusiasmé.

Procedí á un formal reconocimiento y mis ilusiones tomaron la apariencia de una realidad, maravillosamente seductora: una espléndida veta atravesaba el pozo; ¿cómo no la notó el que abrió dicho pozo?

No lo sé, ni en último resultado me importaba saberlo.

Estaba en posesion de una riqueza inagotable y esto hizo que no me ocupase más de lo que no habia sido en mi año.

En medio de mi disculpable sueño de prosperidad, ocurrió lo que ya sabrias por las gacetas.

Mina aplastó á Ordoñez, comandante general de esta provincia, cuya capital temimos todos que

cayese en poder de los insurgentes, repitiéndose las horribles y bárbaras escenas del asalto de Granaditas, por las hordas indisciplinadas del cura Hidalgo, que en paz descansen.

Por fortuna no fué así por entonces.

Después del despojo de la hacienda del Jaral, que el marqués estima en más de trescientos mil pesos, Mina pretendió apoderarse de la ciudad de Leon, durante la noche del 27 de Julio; pero fué rechazado por el vecindario y los realistas, con pérdida de más de cien hombres de los quinientos que mandaba.

Vuelto al fuerte del Sombrero, que pertenece á la intendencia de Guanajuato y dista de aquí diez y ocho leguas, el mariscal Liñan le puso sitio á partir del 31 de Julio, y los ataques comenzaron derrotando ó rechazando Mina en casi todos ellos á los realistas.

Pero en el fuerte comenzaron á escasear los víveres y el agua faltó completamente, llegando á ser tan deplorable su situación, que Mina resolvió romper á viva fuerza el cerco, ó ir en busca del Padre Torres, que por envidia y mala voluntad no intentaba siquiera abastecer el fuerte.

El coronel Young quedó en su lugar asociado al valiente Don Pedro Moreno, pero una bala de cañon le llevó de los hombros la cabeza.

Poco después los sitiados resolvieron salir del

fuerte ó morir intentándolo, y sólo lo último lograron en la noche del 19 de Agosto, pues sentidos por los realistas por imprudencia de los niños y mujeres, cargaron sobre los fugitivos haciendo en ellos una atroz y bárbara matanza. D. Pedro Moreno escapó casi por milagro. Liñan hizo fusilar á los heridos y moribundos y á descientos prisioneros.

Tomado el fuerte del Sombrero, Liñan se dirigió á sitiar el de los Remedios, en el cerro de San Gregorio.

Fortificada muy bien aquella posición por el Padre Torres, Mina se trasladó á él y pretendió en vano combinar un plan con dicho jefe, que envidioso de la gloria de Mina, fué el primero en propalar que las intenciones del caudillo navarro eran, no las de procurar la independencia de México, sino las de reunir dineros y elementos para combatir en España á Fernando VII.

Obtuvo sin embargo que le fuesen facilitadas algunas fuerzas, pues sus valientes camaradas habían casi todos periculado en el Sombrero, y con ellas se lanzó á acometer una serie de acciones de valor extraordinario, tales como la toma de la hacienda del Bizcocho, que incendió en venganza de sus amigos fusilados, el asalto reñidísimo de San Luis de la Paz, y la sorpresa frustrada de San Miguel el Grande.

Después de esto y con el fin de llamar la atención de las tropas de Liñan, reunido en el llano de Silao con Don Pedro Moreno, y huyendo la persecución de las tropas de Andrade y Orrantía, se nos metió casi sin ser visto en las calles de Guanajuato cuando ya le creíamos impotente para ello, pues algunos días antes Orrantía había dispersado su gente en la hacienda de la Caja.

La entrada de Mina en Guanajuato se verificó á las dos de la mañana del 25 de Octubre, sin que hubiese sido visto ni sentido por nadie.

Al llegar á la calle de los Pocitos, Mina se encontró con una ronda mandada por el español Don Manuel Baranda, quien dió la voz de alarma que bestó para que el comandante de la guarnición Don Antonio Linares se pusiera en estado de defensa, situando en la plaza un cañón con el que recibió á metrallazos á Mina, que avanzando por la calle del Ensaye llegó hasta el puente Nuevo; pero sus guías huyeron y dejáronle en deplorable situación, pues no conociendo la ciudad, nada pudo hacer: la mayoría de las tropas insurgentes se desbandó, y el resto se negó á obedecerle, porque en un momento de disculpable enojo dijo á los oficiales que vista su cobardía eran indignos de que un hombre de honor abrazara su causa.

Mina con sólo cuarenta infantes y veinte caballos llegó en la mañana del 26 al rancho del Ve-

nadito, anexo á la hacienda de la Tlachiquera donde le recibió el propietario y amigo suyo Don Mariano Herrera, á quien los realistas habian causado enormes perjuicios incendiándole la casa y oficinas de la Tlachiquera.

A la hora en que esta carta te escribo, corre aquí la noticia de que Mina ha sido aprehendido por Orrantia, pero nada de cierto he podido averiguar pues se guarda el mayor secreto, á causa, segun dicen, de que se teme que si dan pormenores de la prision de Mina, los insurgentes hagan un último esfuerzo para salvarle de la suerte que se le espera.

Como puedes estimarlo tú mismo, este cúmulo de contratiempos es lo único que me obliga á permanecer aquí, pues segun el último reconocimiento de un perito competente, mi supuesta mina no tiene importancia de ninguna especie ni ofrece veta como en los primeros instantes supusimos.

Mi desencanto me ha hecho malbaratar mis bienes, y no pasarán quince dias sin que tenga el gusto de darte un abrazo tu amante primo que mucho te quiere.—*Cárlos Gayangos.*"

## IX

Completemos las noticias de la carta anterior.

A las siete y media de la noche del 30 de Octubre sorprendió á los pacíficos habitantes de la capital de la Nueva-España un ruidoso repique de las sonoras campanas de la Catedral, contestado por el estrépito de los cañones de Palacio que hacian salva en la plaza, entre los vítores de la multitud.

Acababa de recibirse la noticia de la prision de Mina, por parte de Pesquera, comandante de Irapuato.

En el teatro, la animacion y la alegría fueron tan extraordinarias, que un concurrente improvisó la letra de una marcha que fué cantada por las cómicas entre nutrida salva de aplausos.

Segun las noticias que circulaban en los corri-

llos, un tal CHAGOYA, cuyo nombre debe ser conocido para ser por todos despreciado, dueño de un rancho próximo al del Venadito, supo que en éste se hospedaba Mina, y le denunció á Don Mariano Reinoso, comandante de Silao.

Reinoso lo avisó á Orrantía, quien al amanecer del día 27 hizo avanzar al galope sobre el rancho con ciento veinte dragones de Frontera al teniente coronel Don José María Novoa.

El valiente Don Pedro Moreno quedó muerto en el primer instante, y Mina fué hecho prisionero por el dragon José Miguel Cervantes.

Presentado á Orrantía, este indigno gefe maltrató al ilustre prisionero llamándole traidor á su rey y á su patria y dándole de golpes con la espada, lo que hizo exclamar á Mina con sublime indignación.

—“Siento haber caído prisionero: pero este infortunio, me es mucho mas amargo, por estar en manos de un hombre que no respeta el nombre español, ni el carácter de soldado.”

Orrantía no se conmovió con este reproche, y ántes bien, uniendo la burla al insulto, llevó en triunfo á Mina á Silao, haciéndole preceder por un soldado, que á guisa de estandarte llevaba clada en una pica la cabeza de don Pedro Moreno.

Puesto en prision, como si no hubiera debido fiarse de un militar como él, ni de las numerosas

guardias que le custodiaban, Orrantía mandó que se le pusiesen grillos en los piés, lo que hizo exclamar á Mina:

—“Bárbara costumbre española: ninguna otra nacion usa ya este género de prisiones; más horror me dá verlas que cargarlas.”

Al recibirse del preso el mariscal Liñan, en su campo de batalla frente á los Remedios, hizo que se le quitasen los grillos y le trató de un modo muy distinto y mucho mas decoroso.

Tuvieron en ello mucha parte los oficiales españoles que con Liñan habian llegado á Nueva España, ya porque muchos eran amigos y conocidos de Mina, ya porque todos ellos estaban fiados como él, en distintas lóginas de la masonería española.

No pudieron, no obstante, ni aun tener esperanzas de salvarle la vida.

Al preguntársele á Apodaca, qué se hacia con el preso, el virey contestó:

—“Qué ménos se puede hacer con un traidor, que fusilarle por la espalda?”

El coronel español don Juan Horbezo, mayor general del ejército sitiador de los Remedios, levantó una lijera informacion, cuyo único objeto fué obligar á Mina á descubrir los nombres de las personas con quienes se hubiese hallado en

relacion, y los medios y recursos de que pudieran disponer los insurgentes.

Mina se negó obstinada y heroicamente á hacer relacion alguna, ni comprometer á nadie, y respondió:

—No he tenido ni tengo mas cómplices que mi amor á la libertad, mi odio á la tiranía, y mi valor personal: las mismas balas que hayan de matarme, matarán á los tres conmigo.

Preguntado si habia dejado á alguien sus instrucciones para seguir la campaña, segun determinados planes, contestó con entereza.

—Sí las he dejado.

—Cuál es su nombre?

Y el héroe contestó con digno y noble orgullo.

—El ejemplo de mi conducta que espero habrá de seguir quien se crea digno de ello.

EL MÁRTES 11 DE NOVIEMBRE DE 1817 á las cuatro de la tarde una escolta de cazadores del regimiento de Zaragoza condujo á don Francisco Javier de Mina, al lugar designado para la ejecución, que lo fué el croston del cerro del Bellaco: á su lado marchaba el capellan del mismo regimiento don Lucas Sainz, encargado de acompañarle en sus últimos momentos: ante él manifestó que moria en el seno de la religion católica, encomendándose á las oraciones de sus fieles.

Un momento despues, Don Javier Mina moria fusilado por la espalda como un traidor.

Su heroica y breve campaña duró seis meses y veintisiete dias, desde el 15 de Abril al 11 de Noviembre de 1817.

Contaba al morir veintinueve años de edad.

Mina no fué bien comprendido ni mucho menos secundado por los gefes insurgentes que en la época de su llegada al pais procuraban mantener calientes las cenizas de la grande obra iniciada por Hidalgo y llevada al apogeo por el inmortal Don José María Morelos.

Desde que se tuvo noticia de su expedicion, diéronse en circular los mayores absurdos, ya por aquellos que no tenían fé en la nobleza de los propósitos del insurgente español, ya por los envidiosos y mal intencionados, incapaces é indignos de una honrosa emulacion.

El mismo Don Carlos María Bustamante, que en sus diversas obras vistió con ropaje de héroes á simples bandidos y salteadores de caminos, si bien no pudo sustraerse á la admiracion de los hechos del jóven navarro, dijo en uno de sus escritos:

«No era Mina el destinado para hacer la ventura de la América; su venida traía por objeto robarse sus riquezas y hacer que por medio de ellas

se fomentase la revolucion en España, y venciese el partido liberal.»

No puede darse insulto mas grosero que el contenido en las anteriores líneas; bien es verdad que no fué mas justo con el insigne é incomparable Morelos el atraviliario escritor, para el cual sólo hubo en la guerra de independecia un hombre digno de ser por él admirado, el Lic. Don Ignacio López Rayon, cuyo nombre el Congreso Mexicano no juzgó merecedor de ser escrito con letras de oro en su salon de sesiones como habíalo sido los de los demas caudillos insurgentes, lo cual hizo exclamar y escribir á Bustamante:

«¡Y querrá el Congreso tener buenos servidores y héroes cuando así corresponde á los servicios de un hombre tan benemérito! ¡Vah!....

Pero la opinion de Bustamante acerca de Mina no lo fué afortunadamente mas que suya, y el nombre del héroe navarro fué inscrito en los ambicionados libros de oro, allí mismo donde no se quiso inscribir el de Rayon.

Los hombres de la talla de Mina se hacen justicia, y se abren las puertas del templo de la gloria por sí mismos.

Al inscribirle Mévico en el catálogo de sus hijos predilectos, honró al héroe navarro y se honró á sí mismo, pues nada honra tanto á los pue-

bles como no mostrarse sordos á la voz de la gratitud.

En cuanto á las intenciones y propósitos de Mina, sus hechos y su muerte son su mejor justificacion.

Pero si no obstante estos, aun se buscasen otras pruebas que la apoyen, ahí están sus valiosas proclamas, con orgullo conservadas por la historia nacional.

La que expidió en Galveston el 22 de Febrero de 1817, es de tal naturaleza importante y explícita á este respecto, que bien podríamos trasladarla íntegra á estas páginas, sin temor de cansar á sus lectores, si el espacio me lo permitiera.

No me lo permite, y debo limitarme á reproducir los párrafos que hacen al caso.

Describe á grandes rasgos su propia historia que es la del mas entusiasta amor á la libertad, y al referir su regreso á España desde las prisiones francesas, dice:

«¡Cual fué mi sorpresa al ver el nuevo orden de cosas! Los satélites del tirano sólo se ocupaban en acabar de destruir la obra de tantos sudores; ya no se pensaba sino en la subyugacion de las provincias de Ultramar, y el ministro Don Manuel de Lardizábal, equivocando los sentimientos de mi corazon me propuso el mando de una divi-

sion contra México, como si la causa que defienden los americanos fuese distinta de la que habia exaltado la gloria del pueblo español; como si mis principios se asemejaran á los serviles y egoistas que para oprobio nuestro mandan á pillar y á desolar la América, como si fuese nuevo el derecho que tiene el oprimido para resistir al opresor, y como si estuviese calculado para verdugo de un pueblo inocente, quien sentia todo el peso de las cadenas que abrumaban á mis conciudadanos.»

Esta proclama ó manifiesto concluia con las siguientes nobles palabras;

«Permitidme, amigos americanos, permitidme participar de vuestras gloriosas tareas, aceptad la cooperacion de mis pequeños esfuerzos en favor de vuestra noble empresa, contadme entre vuestros compatriotas. Ojalá que yo pudiese merecer este título, haciendo que vuestra libertad se enseñorease, ó sacrificando por ella mi existencia. Entonces decid á lo ménos á vuestros hijos en recompensa: esta tierra feliz fué dos veces inundada en sangre por españoles serviles y esclavos abyectos de un rey; pero hubo tambien españoles amigos de la libertad que sacrificaron su reposo y su vida por nuestro bien.»

El dia 12 de Abril, Mina dirigió otra proclama á los soldados expedicionarios, diciéndoles entre otras cosas no ménos nobles y elevadas:

«Al pisar el suelo mexicano, no vamos á conquistar sino á auxiliar á los ilustres defensores de los mas sagrados derechos del hombre en sociedad. Os recomiendo el respeto á la religion, á las personas y á la propiedad.»

En su proclama á los soldados españoles y americanos firmada en Soto la Marina, despues de formular un exacto y severo juicio del sistema tiránico y opresor de Fernando VII, les dice: «ayudando á sus agentes en el Nuevo Mundo os degradais hasta constituirs verdugos de un pueblo inocente, victima de la mayor crueldad por los mismos principios que los que distinguieron al pueblo español en su mas gloriosa época..... El suelo precioso que poseeis no debe ser el patrimonio del despotismo y la rapacidad; si perdeis estas miras, contrariais á las de la Providencia, que os proporciona la mejor coyuntura para cambiar vuestra abyeccion y miseria.»

Mina fué combatido y fusilado por Apodaca, como traidor á su patria y á su rey; esta especie la desvaneció enteramente el suceso que paso á referir.

En una solemne ocasion, cuando se le proponia armar buques de corso para arruinar el comercio español en América, el héroe contestó:

«Creeis que Javier Mina viete á despojar á sus compatriotas? ¡No! Yo hago la guerra á los tira-

nos, no á los hombres; yo combato contra el gobierno despótico, no contra los españoles.»

Mina, dice un historiador, al sacar la espada en defensa de la independencia de México, abrazaba una causa fundada en los mismos principios que lo habian movido á emprender las revoluciones de Navarra. Si hubiera querido gozar del favor de la corte, el poder y los empleos estaban á su disposicion; pero le estorbaban su carácter y sus principios. Creia como nuestros filósofos ilustres y como los mas sabios españoles que los tesoros del nuevo mundo habian ejercido un funesto influjo en la prosperidad y en la gloria de España; por consiguiente, no se le puede acusar de haber obrado contra su país. Tampoco era de su obligacion prestar obediencia á Fernando á quien miraba como enemigo público. No se unió con los enemigos de su patria como Coriolano, ni se vendió á una corte extranjera como Eugenio. Frustrada su esperanza de restablecer la libertad en España, consagró su brazo á la defensa de la libertad en América.»

Otro de sus biógrafos dice:

«Mina en su corta carrera, pues bajó á la tumba á los veintiocho años, supo sacrificar sus preocupaciones en aras de su razon, supo disputar inmortales laureles á la victoria; hacer morder el polvo á las huestes vencedoras de Napoleon I y á

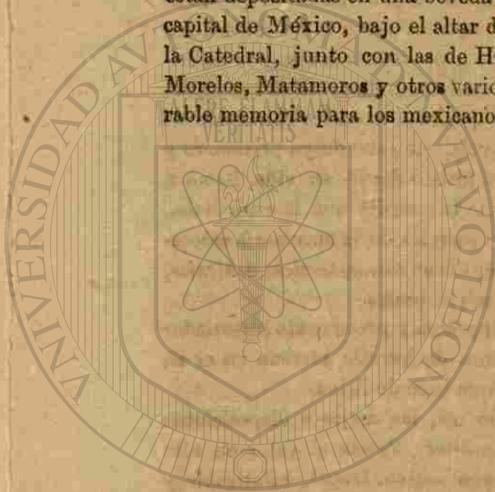
los tiranos de Nueva España: arrostrar con nobleza el infortunio, hacer brillante su auróla de desterrado, combatir por la libertad del género humano, y conquistar la gratitud de un pueblo libre. No en vano nuestra patria le ha colocado en el altar destinado á sus libertadores, y le ha erigido un público testimonio de gratitud nacional.»

«Como hombre, amaba tanto los principios de caridad y de justicia, que estando ya prisionero y cercano su fin, el último dia de su vida, llamó á un jóven oficial de la guardia que lo custodiaba, y lo inició en los secretos de la masonería escocesa, para hacer con ello un último servicio á México, segun sus propias palabras.»

Bustamante el procaz y preocupado historiador no pudo por ménos de hacerle justicia en el siguiente retrato que hace de Mina.

«Habia nacido con las mejores disposiciones para la carrera militar. Poseia el valor en alto grado. Era sereno, activo, frugal, infatigable y desinteresado. Sufria con gusto y como el último soldado las mayores privaciones de la campaña. Hacíase amar de la tropa por el bello realce de su educacion y finura, que mostraba aun en las acciones mas indiferentes. En su semblante se notaba superioridad, y aquella fuerza secreta é irresistible que la sábia naturaleza pone en las palabras y en el gesto de los que destina para

mandar, caracterizándolos de génius superiores. Su estatura era de cinco piés y siete pulgadas: no corpulento pero sí bien formado. Sus reliquias están depositadas en una bóveda sepulcral, en la capital de México, bajo el altar de los Reyes en la Catedral, junto con las de Hidalgo, Allende, Morelos, Matamoras y otros varios gefes de venerable memoria para los mexicanos. »



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y SERVICIOS DE INVESTIGACIÓN

## X.

En el mismo dia y casi á la misma hora en que Mina ganaba la sorprendente accion de Peotillos, descrita en su lugar respectivo, el fuerte del Soto la Marina se rendía despues de una heróica resistencia á las tropas realistas.

Dije tambien á su tiempo que aquel fuerte fué construido por disposicion de Mina, con objeto de poner en él en seguridad los uniformes, armas y pertrechos que en mucha cantidad habia traído á bordo del Neptuno.

Dirigió la construccion del fuerte el ingeniero Rignal, y el mismo Mina trabajó en las obras como un operario cualquiera, á fin de dar á sus soldados el ejemplo en todo.

Levantado el fuerte, depositados en él los pertrechos y montados los cañones que debian servir á su defonsa encomendada en jefe al mayor

Don José Sardá, catalan de nacimiento, Mina se internó en el país, como dejamos dicho, quedando de guarnición en el fuerte ciento trece hombres.

El mayor Sardá, noticioso de que el comandante general Arredondo se dirigía á atacarle al frente de un ejército compuesto de dos mil hombres y diez y siete cañones, comprendió que iba á ser preciso sostener un sitio prolongado, y careciendo de bastimentos para alimentar sus tropas, dió la comision de procurárselos al capitán Andreas, quien salió á cumplir su encargo al mando de una partida de paisanos armados.

Regresaba al fuerte con su partida y veintitres mulas cargadas de trigo y otros bastimentos, cuando fué atacado por fuerzas realistas superiores en número; en la accion quedaron muertos todos los insurgentes ménos tres, que quedaron prisioneros: dos de estos fueron fusilados sobre el campo de batalla, y el tercero que era Andreas, pudo salvarse alegando que se habia batido en España contra los franceses y ofreciendo servir entre los realistas y contra sus camaradas. Cumplió su oferta instruyendo á Arredondo acerca de los elementos y recursos de Sardá, é induciéndolo á la desercion al ingeniero Lasala y al capitán Metternich, que traidoramente se fugaron del fuerte.

Sardá contaba con pocos hombres; pero tenien-

do gran número de fusiles, hizo cargarlos todos y los apiló cerca de las troneras, á fin de que sus soldados pudiesen con este recurso hacer un fuego nutrido é incesante; cargó tambien á metralla los cañones y llenó un óbus con novecientas balas de fusil.

El 11 de Junio, Arredondo rompió el fuego sobre el fuerte, que habia sido cercado la víspera, estableciendo una batería en la orilla izquierda del rio, con el fin de impedir á los sitiados la toma del agua. Esta medida fué fatal para la gente de Sardá, porque el calor era excesivo y la sed la atormentaba horriblemente. Apenas algun hombre salia del fuerte y se aproximaba á la orilla, los cañones del ejército real le obligaban á retirarse: si alguno insistia en avanzar instigado por su rabiosa sed, ó era muerto ántes de llegar al agua, ó si llegaba, en ella se hundía su cadáver.

Sardá enfiló uno de sus cañones sobre la batería enemiga, y protegida por sus disparos, una sola persona se arriesgó á llegar al rio y sacar de él varios viajes de agua: esa persona fué una pobre mujer mexicana, cuyo nombre no se ha conservado, con notoria ingratitud á su heroica y generosa accion.

El día 15, Arredondo, juzgando debilitado al enemigo, avanzó hácia el fuerte al grito de "¡viva el rey!" pero Sardá contestó con los de "¡viva la

*libertad! viva Mina!* y tan nutrido, certero y bien sostenido fuego hizo sobre los realistas, que estos, despues de várias horas de combate, hubieron de desistir y retirarse con graves pérdidas.

No habian sido ménos graves, en consideracion á la escasez de su número, las de los defensores. Los diez y siete cañones realistas habian desmontado tres de las cuatro piezas insurgentes, y abierto enormes brechas en el fuerte, cuya construccion era por demas reciente.

Arredondo, que todo esto habia notado, intimó la rendicion á Sardá: éste reunió á todos sus oficiales, les notició el paso dado por el jefe realista, les preguntó su opinion, y todos ellos cruzando solemnemente sus espadas juraron vencer ó morir. Su gefe contestó á Arredondo que estaba resuelto á volar el fuerte con todos sus repuestos de pólvora y municiones, ántes que rendirse.

Renovado por dos veces mas el ataque, los realistas fueron dos veces mas rechazados, y de tal terror se sintieron poseidos, que á la cuarta vez se negaron á avanzar, y muchos se desbandaron y pusieron en fuga.

Arredondo propuso entónces á Sardá una honrosa capitulacion, enviándole por escrito las bases de ella, comprometiendo su palabra de honor de que seria cumplida.

Sardá la aceptó, y aquella misma tarde la guar-

nicion del fuerte salió de él con todos los honores de la guerra.

¡Esta guarnicion estaba compuesta de TREINTA Y SIETE hombres!

Estos eran los que quedaban de los CIENTO VEINTE que la formaban al principio!!.....

Tal era toda la gente de Don Javier Mina.

Cuenta un historiador que viendo Arredondo tan escaso número, se volvió á Sardá, y le preguntó:

—¿Es esta toda la guarnicion?

—"Toda,"—contestó Sardá.

Entónces Arredondo, volviéndose al coronel del regimiento de Fernando VII que estaba á su lado exclamo con admiracion:

—Parece imposible!

Los realistas perdieron mas de trescientos hombres y tuvieron otros tantos heridos; entre los muertos se contaron tres tenientes coroneles.

En la capitulacion se estipuló que serian comprendidos en ella cuantos formaban la guarnicion del fuerte: que se les abonaria el sueldo correspondiente á sus grados; que los oficiales quedarian prisioneros bajo su palabra de honor y los extrajeros serian embarcados para los Estados Unidos en la primera ocasion, permitiéndose á los naturales retirarse á sus casas.

Apudaca no aprobó la capitulacion, pues su

sistema era en lo referente á Mina y sus tropas, guerra sin cuartel y Arredondo no era de lo mas escrupuloso en el cumplimiento de su palabra.

Entre el uno y el otro, el compromiso contraido por los realistas fué miserable y villanamente violado.

La guarnicion del fuerte no se componia solo de los defensores que sus muros habian abrigado; formaban parte de ella puesto que obedecian á Sardá los pequeños destacamentos de naturales con oficiales extranjeros, situados en la márgen del rio y en su barra. Arredondo pretendió que ni uno ni otro debian considerarse como parte de la guarnicion y una vez apoderado de ellos que formaban en junto veintiocho hombres, los hizo fusilar y llevando su salvaje crueldad al extremo de disparar sobre el teniente Hutchinson estando tendido en el suelo por no poder tenerse en pié á causa de las heridas que habia recidido.

Despues de haber obligado á los treinta y siete defensores del fuerte, á trabajar en destruir las fortificaciones y enterrar á los realistas muertos, se les condujo en cuerda á Altamira y de allí por la Huasteca á Pachuca, y encerrados en Veracruz en el castillo de San Juan de Ulúa, en un galeron que desde entonces recibió el nombre de galeron de Mina.

En Ulúase les pusieron grillos, sujetando dos

hombres en cada barra; se les dejó en el mayor abandono, casi desnudos y mortificados por un hambre tal, que, segun Bustamante, detenido entonces en Ulúa, devoraban como perros la carne cruda disputándose la entre sí.

El mismo dice que cierto dia llamó su atención un hombre engrillado, alto y rodeado de centinelas; su personal era imponente y conservaba en dignidad en medio de aquel estado de humillacion: por la ventanilla de su calabozo le desprendió una torta de pan, la tomó, la acercó al pecho y le dirigió una mirada de gratitud.

Aquel desventurado, era el mayor don José Sardá.

Otro historiador, parcial de los españoles, dice:

"Los prisioneros encadenados de dos en dos, encerrados en los calabozos de Ulúa, sin sacarlos mas que á tomar el sol algunos ratos, sufrieron todas las miserias del hambre y de la desnudez, y fueron por fin conducidos á España, en donde por consulta del consejo de guerra, se les distribuyó de cuatro en cuatro en diversos presidios, recomendando á los comandantes *que fuesen tratados con el mayor rigor, hasta que por pruebas indudables, se hiciesen dignos de la clemencia del rey.* Estas palabras están tomadas de la real orden dirigida al gobernador de Cádiz por Eguía, ministro de la guerra.

El doctor don Servando Mier, que habíase embarcado en Londres con Mina y formado parte de su expedición, fué hecho también prisionero en el fuerte de Soto la Marina. Pusiéronle grillos y montáronle en una mula, de la cual cayó en el camino, rompiéndose un brazo. En Pachuca le separaron de la cuerda de los demás presos, y le condajeron á México, encerrándole en la inquisición, con tal secreto que nadie supo su llegada ni que se encontraba en ella.

Cuentan, que llamado á una audiencia del tribunal, el inquisidor Tirado le mandó que dijese el Padre Nuestro.

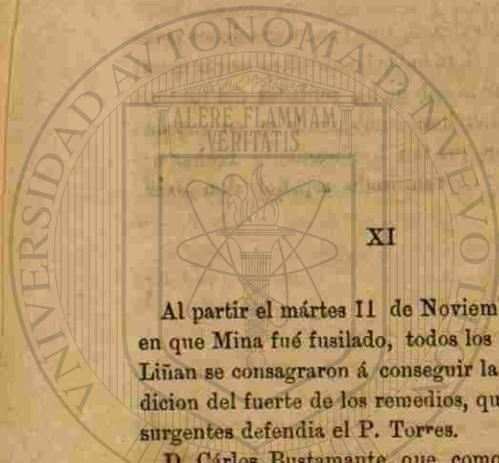
—"Eso se les pregunta á los muchachos,—contestó el P. Mier,—yo soy doctor en Teología.

Concluyendo con todas las noticias referentes á los individuos que tuvieron que ver el drama de Soto la Marina, diré que á los infelices prisioneros les fué de suma utilidad y les prestó grandes servicios suma francesa llamada Madama Lamar, que en los Estados Unidos se había agregado á la expedición de Mina, deseosa de recorrer la Nueva España, como había ya recorrido Colombia, donde aprendió el español.

Prisionera también, se la destinó al servicio del hospital de Veracruz: en la primera oportunidad que se le presentó salió escapada del puerto. No conociendo el país pronto fué denunciada, y

aprehendida de nuevo se la puso al cuidado y bajo la inmediata vigilancia de una familia de Jalapa.

La mujer mexicana, que con riesgo de su vida y desprecio de él, se había lanzado á procurar agua con que aliviar la sed de los soldados del fuerte, murió defendiéndose como una leona, en uno de los tres asaltos que tan heroicamente rechazó el valiente y desventurado español don José Sardá.



Al partir el martes 11 de Noviembre de 1817, en que Mina fué fusilado, todos los esfuerzos de Liñan se consagraron á conseguir la toma ó rendición del fuerte de los Remedios, que con sus insurgentes defendía el P. Torres.

D. Carlos Bustamante, que, como varias veces he dicho, fué en sus escritos tan apasionado en contra de los españoles como en favor de los insurgentes, dice del P. Torres:

"Su memoria formará una sombra en la historia de la revolucion mexicana.

"Era originario de Cucupan, y habiendo seguido la carrera eclesiástica, se le confirió una coadjutoría de Pénjamo á pesar de su rudeza en sus estudios y deberes sacerdotales.

"Empezó á figurar en la revolucion despues de

la muerte de Albino Garcia, á quien siempre tuvo gran respeto.

"En todo el tiempo que medió hasta el establecimiento de la Junta de Janjilla, no supo aprovecharse de ninguna de las ventajas que le proporcionaba el terreno en que hacia la guerra.

"Indócil por estupidez, no quiso ajustarse á las máximas de moderacion de aquella Junta, entre cuyas miembros no faltó, sin embargo, quien lisonjeara sus pasiones y extravagancias.

"La fortuna le hizo muchos favores, pero no supo aprovechar ninguno.

"Franqueando á Mina sus fuerzas y poniéndolo á su disposicion los recursos que entonces tenía, hubiera hecho un señalado servicio á la causa de la libertad, siendo partícipe en la gloria de aquel jefe, pero sus palabras no fueron conformes con sus obras, principalmente desde que Mina comenzó á sufrir algunos reveses.

"La elevacion de Torres desencadenó sus pasiones: trató á los hombres como esclavos y sacrificó á no pocos, con crueldad nada comun."

Tal era el hombre á cuyo cargo estaba el mando en jefe del fuerte de los Remedios, nombre que él mismo le puso, aun cuando bien pudiera haberle conservado el de San Gregorio, que lo era del cerro donde se levantaba el fuerte.

En honor de la verdad, la localidad no pudo ser mejor elejida.

En medio de la rica y fértil campiña de Pénjamo, en la provincia de Guanajuato, alzanse como gigantesca arruga, una sucesion de escabrosas alturas que, cercadas de pricipios y barrancas de mucha profundidad y grande anchura, revelan las enormes conmociones volcánicas que en lejanos dias levantaron las empinadas crestas de la Sierra Gorda y de la de Guanajuato, tan célebre por sus famosos é inagotables minerales.

De aquellas alturas, son parte las de San Gregorio, cuyo punto mas alto nombrado el Tepeyac, venia á ser la llave de la posicion por lo que Torres levantò en él un baluarte.

El espacio fortificado abrazaba una circunferencia de mas de dos mil varas, perfectamente defendido por la naturaleza y por los baluartes, fortines y parapetos levantados por los insurgentes: á estos no podia faltarles el agua pues ademas de varios pozos que la daban buena, al pié de los muros corria un impetuoso arroyo y de él tomaban cuanta querian por medio de un malacata que funcionaba de un modo perfecto.

El fuerte de los Remedios solo podia ser dominado por el cerro del Bellaco, pero tan áspera y difícil era la subida, que Torres no le dió impor-

tancia, suponiendo seria imposible que los realistas subieran á él su artillería.

No obstante, el 1.º de Setiembre, Liñan situò una batería en aquel cerro y con ella rompió el fuego contra el fuerte de Tepeyac. El mismo cerro del Bellaco fué el lugar designado por Liñan para el fusilamiento de Mina, y en él se dió sepultura á su cadáver.

No es mi ánimo referir las peripecias de aquel sitio que sostuvieron con denuedo el famoso don Manuel Muñiz, y varios oficiales extranjeros pertenecientes á la expedicion Mina, contra un ejército de mas de seis mil hombres que mandaba Liñan.

El 16 de Setiembre los sitiadores intentaron el asalto del Tepeyac, pero hubieron de retirarse sin lograr su objeto y lamentando una gran pérdida de hombres: igual desgraciado éxito tuvo el asalto de un baluarte llamado de Santa Rosalia, apesar de que en él habian abierto una brecha muy regular los cañones realistas desde las alturas denominadas del Tigre. Tan grave era el daño que de estas recibian los sitiados, que concibieron el proyecto de tomarlas como lo intentaron los capitanes Croker y Ramsey con doscientos cincuenta hombres, y el teniente Wolfe con cincuenta. Elijieron para esto una noche, y tomaron tales precauciones, que sin ser

sentidos, entraron en el campo realista, destruyeron la batería, clavaron los cañones y se llevaron uno de ellos que se vieron obligados á despeñar por la barranca en vista de cuas' imposibilidad de su birla á los Remedios.

Los realistas que debieron haber defendido la batería del Tigre, no pudiendo imaginarse que del fuerte hubieran salido los insurgentes, creyeron atacados por Mina, y se desbandaron sin hacer resistencia y poseidos de terror.

El 16 de Noviembre, cinco dias despues de ejecutado don Javier Mina, Liñan puso al mando del teniente coronel del batallon expedicionario de Navarra, don Tomás Peñaranda, una columna de ataque de novecientos hombres, que marcharon decididamente al asalto de una brecha abierta en el baluarte de Santa Rosalía.

En uno y otro campo era grande el deseo de medir una vez mas las armas.

Los realistas contaban seguro el triunfo. La ejecucion de Mina, efectuada á la vista de los Remedios, debió haber aterrado á sus defensores: si con un héroe español se habia cumplido acto tan tremendo de justicia, ¿qué otra suerte podían ellos esperar? Además, sin las órdenes terminantes del virey Apocada, Liñan no habia ejecutado á Mina, ni consentido la oficialidad española de los cuerpos expedicionarios. Apocada habia hecho

morir al héroe navarro, no tanto por considerarlo traidor á su patria y á su rey, sino por demostrar á los insurgentes que habria de castigar el delito de rebelion en cualquiera cabeza que le consumase por noble y distinguida que fuese. Los realistas odiaban pues tanto mas á los insurgentes, cuanto que los consideraban causantes del suplicio de Mina.

Por su parte, los insurgentes veian con horror y enconoso desprecio á un enemigo tan sanguinario y cruel, que habia sido incapaz de salvar la vida á un grande hombre á quien debian el levantamiento de media España contra la pirática invasion de Napoleon el grande. "Tanto nos odian, —decian,— que son ingratos é impíos consigo mismos!" "¿Qué debemos esperar de ellos, nosotros humildes criollos si á una gloria de España han tratado así?" "¿Qué libertad podemos esperar de ellos si así han muerto á un héroe de la suya?" Pero ya que Mina vino á nosotros, y los suyos consideraron un crimen que nos amase como hermanos, nosotros le vengaremos de los suyos, chacales miserables."

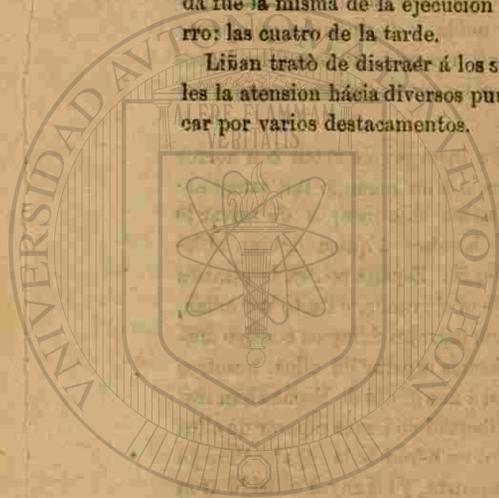
La accion del 16 de Noviembre debia ser por consiguiente, una grande y memorable accion.

Sorprendente eran el orden y regularidad con que la formidable columna de los novecientos realistas, descendió por uno de los frentes de la ba-

ranca y comenzó á subir el opuesto apesar de su excesiva escabrosidad.

Para hacer mas solemne el acto, la hora elejida fué la misma de la ejecucion del héroe navarro: las cuatro de la tarde.

Liñan trató de distraer á los sitiados llamándoles la atension hácia diversos puntos que hizo atacar por varios destacamentos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE TOLUCA  
DIRECCIÓN GENERAL DE

## XII.

Si bien como dejo dicho, Liñan disponia de un ejército de mas de seis mil hombres, y nada por consiguiente tenia de extraño que pudiese formar columnas de ataque de novecientos, los sitiados comprendieron desde luego que el peligro estaba en esta última, y que los ataques con que otros destacamentos amenazaban varios puntos de la línea de defensa no tenían otro objeto que el de dividir sus fuerzas y distraer su atención.

En tal virtud, cuando la columna de don Tomás Peñaranda comenzó á subir la áspera pendiente coronada por el baluarte de Santa Rosalía, los insurgentes rompieron sobre ella un vivo y nutrido fuego de fusilería y desprendieron tan enorme cantidad de piedras, que los realistas hubieron de detenerse sobrecogidos de temor.

Peñaranda juzgó comprometido en la empresa

su honor militar, y con tanto arrojo como imprevision se adelantó hasta las primeras filas para alentarlas y rehacerlas.

Vuelta á emprender la subida, los insurgentes vigorizaron su defensa, y Peñaranda cayó muerto y con él otros de los principales jefes que habian estimado de su deber agruparse en su torno. La falta del comandante desorganizó la columna que retrocedió en desórden y el enemigo, convirtiendo la defensa en ataque, salió del fuerte y persiguió hasta su mismo campo á los realistas que perdieron en aquella accion treinta y seis oficiales de alta graduacion y cerca de cuatrocientos soldados de los mas escogidos de los cuerpos expedicionarios.

Desde aquel dia en adelante, Liñan no volvió á intentar asalto alguno, y provisto abundantemente por Apodaca de nuevas tropas, de gruesa artillería, de copiosas municiones y de recursos pecuniarios, estrechó mas y mas el sitio.

En el resto del año de 1817, los sitiados hubieron de pasar grandes trabajos, pues exceptuando el maiz que tenian en abundancia, llegaron á concluirseles los viveres.

Las municiones escaseaban tambien y la pólvora se concluía sin haberles sido posible fabricarla, pues aunque lo intentaron solo la obtuvieron de mala calidad.

Necesario se hizo jugar el todo por el todo, y en la noche del 28 de Diciembre intentáron una salida que comenzó con la mejor fortuna, pues tomaron desde luego dos baterías del campo del Tigre, pero al querer hacer lo mismo con la tercera, Liñan en persona acudió con sus mejores tropas y rechazó á los sitiados obligándolos á regresar al frente y causándoles una pérdida de veintisiete hombres.

La situacion se hizo insostenible y resueltos los sitiados de abrirse salida á todo trance, repitieron su salida entre nueve y diez de la noche del 1º de Enero de 1818, marchando á la vanguardia el padre Torres, y procurando todo el mundo no hacer ruido alguno que denunciase su intento al enemigo.

Pero de antemano sospechábalo Liñan y había dispuesto que en toda la línea de las barrancas se preparasen montones de combustibles á los cuales se debía prender fuego á la primera señal de alarma.

Dió esta un destacamento situado en el rumbo de Panzacola por el que se efectuaba la salida, y en un instante innumerables hogueras iluminaron con siniestro resplandor el fondo de la barranca por el que procuraban deslizarse los insurgentes.

A la vez los destacamentos del Bellaco y del Tigre asaltaron los baluartes de Tepeyac y Santa

Rosalía y prendieron fuego al fuerte, cuyas habitaciones formadas de tablazon y paja ardieron con rapidez, comunicando sus llamas al hospital lleno de enfermos á quienes habia sido imposible huir y en él encontraron terrible y desesperada muerte.

La carnicería hecha en los fugitivos fué tan espantosa como la del fuerte del Sombrero, y hombres, mujeres y niños fueron muertos á la bayoneta.

Allí, y de aquel modo, perecieron Crocker, el Dr. Hennessey, y los demás compañeros de Mina que se encontraban en el fuerte: á los demás jefes y entre ellos á Muñiz, se les fusiló sobre el mismo campo: á las mujeres se les dejó en libertad despues de haberles rapado á navaja las cabezas.

Solo el padre Torres consiguió escapar y libertarse de la muerte que dió fin á los dias de todos sus subordinados.

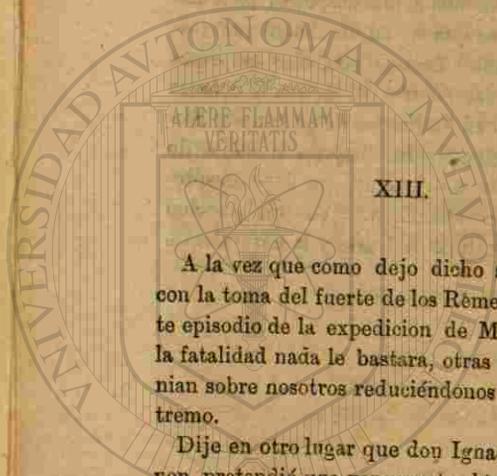
Así cayó,—dice un historiador,—el fuerte de los Remedios, despues de haber burlado por espacio de muchos meses los esfuerzos de un enemigo muy superior en número, en artillería, en municiones y en la experiencia y disciplina de los soldados. El valor de sus defensores y del fuerte del Sombrero está honrosamente consignado en las siguientes cláusulas de un oficio de Linañ dirigido al Virrey con fecha 12 de Diciembre. Dice así:

«Si por un error de cálculo hemos concebido que el enemigo que tenemos al frente no merece la consideracion de unas tropas aguerridas, propaguemos en hora buena estas especies para con el público: mas ya que en su dia tengo que responder al soberano de mis pequeñas empresas militares, pueda asegurar á V. E. que la defensa que han opuesto en los fuertes de Comanja y San Gregorio, es digna de los mejores soldados de Europa, y que de consiguiente no debe despreciarse al enemigo atrincherado en una posicion que reúne las ventajas del arte y la naturaleza.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECAS





A la vez que como dejo dicho se desenlazaba con la toma del fuerte de los Remedios el brillante episodio de la expedición de Mina, como si á la fatalidad nada le bastara, otras desgracias venían sobre nosotros reduciéndonos al último extremo.

Dije en otro lugar que don Ignacio López Rayon, pretendió una vez muerto el insigne don José María Morelos, reivindicar la autoridad que en él habian depositado los primeros caudillos insurgentes.

Disuelto en Tehuacán el Congreso de Chilpancingo, la Junta de Uruapan primero y de Jaujilla despues, en vano quisieron obligar á Rayon á obedecer sus órdenes: desconocida por él, dictó auto de prisión contra el rebelde, comisionando á

don Nicolás Bravo para que la llevase á cabo como lo verificó en el pueblo de Zacapuato, sin que el antiguo presidente de la Junta de Zitácuaro opusiera resistencia.

Bravo que le estimaba en su justo valor, no quiso mortificarle en su desgracia, y olvidando la parte que tuvo en el infortunio del gran caudillo don José María Morelos, aceptó cuantas condiciones puso Rayon para entregarse prisionero: estas condiciones, justas y prudentes, le garantizaban que no seria Juzgado por la Junta de Jaujilla, sino por otra nombrada expresamente por los comandantes, y que seria tratado con consideracion y atendido en todas sus necesidades.

Se le señaló para lugar de su residencia la estancia de Patambo, permitiéndosele que con él residiese su familia. De su custodia y proteccion se encargaron don Manuel Elizalde, segundo de Bravo, y don Pedro Villaseñor, miembro de la Junta, con una guardia de doce hombres.

Don Nicolás se trasladó al cerro de Cópore, célebre por la defensa que de él hizo don Ramon Rayon, y allí se fortificó levantando de nuevo las murallas que los realistas habian arrasado. El coronel del regimiento Fijo de México, D. Ignacio Mora, creyó empresa fácil desalojar de Cópore á don Nicolás, y así lo intentó el 1.º de Setiembre de 1817, pero fué completamente derro-

tado con pérdida de cinco oficiales y mas de cien soldados. Atribuyó el virey á torpeza el descalabro y sustituyó á Mora con el comandante del batallon Ligero de San Luis, don José Barradas, pero tambien este fué derrotado y á su vez sustituido con el experimentado coronel Márquez Donallo, á quien se agregó; pena siento al decirlo, el indultado D. Ramon Rayon.

Con el conocimiento que este tenia de aquella localidad, tan gloriosamente por él defendida algunos tiempo antes, fácil le fué á Márquez Donallo estrechar el sitio de tal modo, que imposible se le hizo sostenerse en él á don Nicolás.

El mismo ha dejado escrito lo siguiente:

"Mis sitiadores abundaban de todo, cuando yo de todo carecia; el perro muerto y el caballo fueron el plato mas regalado con que muchos dias satisface mi hambre, pasando algunos sin alimentarme."

Márquez Donallo que no ignoraba el extremo á que estaban reducidos los sitiados, dispuso terminar aquel asunto en solo un dia que fué el 1.º de Diciembre. Al amanecer rompió un rudo fuego con cañones de grueso calibre, continuando sin interrupcion hasta abrir en el fuerte una amplia brecha por la que al anochecer entraron al asalto los batallones de Lobera y Ordenes militares. Los sitiados careciendo de municiones y de fuerzas

para resistir, intentaron la fuga, dejándose caer por un derrumbadero nombrado las Cuevas de Pastrana, pero don Ramon Rayon les salió al encuentro causándoles gran mortandad, especialmente de mujeres y niños, y haciéndoles cerca de trescientos prisioneros.

Don Nicolás logró ocultarse entre unas peñas, y allí permaneció atormentado por el hambre y por el dolor de las heridas que al caer se había causado, hasta que con mil precauciones é innumerables peligros pudo trasladarse á pié al rancho del Atascadero, cuyos habitantes que sentian por él respeto y admiracion, le socorrieron en quanto les fué dable, y le proporcionaron además un buen caballo. La distancia que recorrió á pié entre Cópore y el Atascadero fué de treinta leguas. En el asalto del fuerte fué hecho prisionero el insurgente don Benedicto López, á tiempo que trataba de introducir un convoy con que socorrer á Bravo.

Benedicto López, uno de los mas antiguos insurgentes y valiente defensor de Zitácuaro contra los realistas, fué inmediatamente fusilado.

Don Ramon Rayon en premio de sus servicios contra sus antiguos camaradas, fué nombrado por el Virey Teniente Coronel del Ejército Real.

Bravo llegó á Huetamo en deplorable estado el 3.º de Diciembre, y cuando mas estaba para ver de

curarse que para emprender nuevas campañas, supo con asombro que el cura Verduco, miembro que había sido del Congreso y Comandante General de Sar, había caído en poder de los realistas, gracias á la traición del insurgente indultado don Juan Antonio de la Cueva, asociado con el cura de Ayacapixtla, don José Felipe Salazar.

La prisión habíase efectuado en el rancho de Perichucho á media legua de distancia de Huetamo y muy próximo á la estancia de Patambo, residencia de Rayon. Temió don Nicolás que éste se pudiese en fuga si llegaba á saber que tan cerca tenia á los realistas y en el acto comenzó á levantar gente para impedirlo, pero por mas diligencia que en ello puso, no pudo impedir que Salazar y Cueva sorprendieran á las dos y cuarto de la mañana del día 11 en la dicha estancia á don Ignacio Rayon y otros jefes insurgentes que fueron hechos prisioneros.

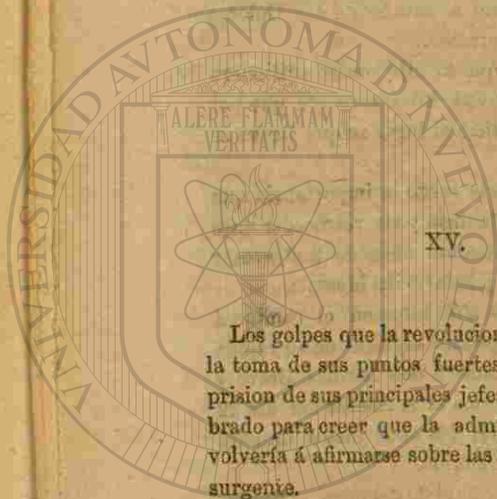
Bravo pretendió no obstante ya que otra cosa no le habia sido posible hacer, quitar á los realistas sus prisioneros, y con tal fin reunió su gente á la de Guerrero, Zavala y Elizalde y marchó á atacar á Ajuchitlan, en cuya iglesia habian sido encerrados Rayon y Verduco. Impidió la realización de este plan el jefe realista Armijo, moviéndose en socorro de Ajuchitlan con el grueso de su division, y don Nicolás, cuyas heridas em-

peoraban mas cada dia haciéndole sufrir con estremo, entregó su gente á Guerrero y se retiró á la sierra dirigiéndose al rancho de los Dolores para atender á su curacion.

Hizo la fatalidad que Armijo tomase prisionero en San Miguel Amuco á un insurgente que por salvar su vida le notició el lugar en que Bravo se encontraba.

Armijo midió desde luego la importancia que la prisión del héroe tendria y sin retroceder ante ningun obstáculo, viéndose obligado á atravesar el rio de Dolores, tributario del Mescala, con el agua á la cintura y á abandonar en el camino á los soldados que no podian seguirle en su rápida marcha, logró sorprender á don Nicolás Bravo y apoderarse de su persona al amanecer del día 22 de Diciembre de 1817, dos años justos despues de fusilado el Gran Caudillo.

Si á esto se agrega que el 30 del mismo Diciembre, Aguirre, comandante general de Michoacan, unido con la division de Barradas, hacia mas estrecho el sitio que desde el 22 tenia puesto al fuerte de Jaugilla, residencia de la Junta, se comprenderá fácilmente que el año de mil ochocientos diez y siete fué uno de los mas aciagos para la causa de la independencia nacional.



Los golpes que la revolución había recibido con la toma de sus puntos fuertes por los realistas y prisión de sus principales jefes, daban motivo sobrado para creer que la administración colonial volvería á afirmarse sobre las ruinas de la idea insurgente.

No por eso disfrutaba el país de su antigua calma y tranquilidad.

En las mismas inmediaciones de la Capital acontecían con frecuencia lamentables accidentes.

Los caminos de Cuernavaca y de Toluca ofrecían serios peligros á los transeuntes apesar de la vigilancia de las tropas reales.

Teniendo su principal asiento, guarida ó cuar-

tel general segun quiera llamársele, en las escabrosidades y bosques del Ajusco, se hizo célebre, aunque no de envidiable fama, un tal Pedro Rojas, mas conocido por Pedro el Negro que era su mote y nombre de guerra.

En realidad de verdad, Pedro el Negro no fué más que un bandido y salteador de caminos.

Tomando por pretexto la bandera insurgente, para lanzarse á una vida de aventuras, hizo con su conducta bárbara y cruel lo que otros muchos de su especie.

Desacreditó la causa de la independencia y sirvió de pretexto á nuestros enemigos para decir que otros tales éramos todos los demás.

No puede negarse que Pedro el Negro era un hombre de valor, pero de ese valor personal que todos los salteadores y bandidos han tenido, porque así lo exige esa profesion, no por que nazca de la nobleza y dignidad de alma, fuente del valor de los grandes caudillos de los pueblos.

Pedro el Negro fué un ladrón y asesino vulgar.

Su puñal se cebaba lo mismo en el hombre arriesgado que no se le rendía sin luchar, que en el impotente anciano, la débil muger ó el inocente niño.

Feroz por instinto, no siempre mataba á hierro á sus víctimas, sino que se gozaba en arrojarlas vivas en una cueva que no hacia aun muchos años se enseñaba á los transeuntes por el Ajusco.

Los habitantes de las inmediaciones de aquel monte, temblaban de terror sólo al pronunciar el nombre del Negro; muchas familias habian sido muertas por él y pocas eran las que no tenian que llorar á alguno de sus individuos sacrificados por el bandido.

El hijo mayor de don Gabriel Yermo estuvo á punto de ser víctima de Pedro el Negro el 14 de Diciembre de 1817.

Dirijase á su hacienda de Temisco acompañado de varias personas, entre ellas don José Acha, administrador de la hacienda, y valeroso realista del cual mas de una vez hemos hablado en el curso de estos Episodios.

Habian ya salido de San Agustín de las Cuevas, que hoy se llama Talpam, cuando distinguieron la numerosa partida de Pedro el Negro.

Este que vió cuán reducido era el grupo de los viajeros, se lanzó con mayor razon sobre ellos y los alcanzó por más que Yermo y sus acompañantes considerando imposible hacerle frente trataron de volverse á San Agustín de las Cuevas.

En el alcance fueron muertos seis individuos de los asaltados y además don José Acha.

Yermo pudo escapar gracias á la extraordinaria velocidad de su caballo.

En el lugar del accidente se levantaron despues unas cruces de piedra en memoria de las víctimas del bandido Rojas.

Pocos dias ántes, el 11 del mismo mes, habian sido asesinados once individuos entre ellos varias mugeres y niños, en el camino de Toluca, por otro bandido llamado Gonzalitos.

Los afectos á la revolucion, los insurgentes *teóricos*, como por mote se les llamaba, que vivian cómodamente en la Capital, con insigneligereza atribuian estos hechos á causas políticas, como si una causa que en la esencia y el principio era buena, necesitara cometer tan miserables y cobardes crímenes, para imponerse y triunfar.

No era en los caminos de Toluca y Cuernavaca donde ciertamente estaban las esperanzas de los buenos insurgentes.

Muertos ó prisioneros les principales jefes de armas, todas las miradas se fijaban en la Junta de Jaujilla, única entidad independiente que habia quedado en pié.

El virey así lo comprendía tambien.

Por eso puso todo su afán en disolver la Junta y apoderarse de los miembros que la componian.

El encargo de conseguirlo se le dió á Aguirre comandante general de Michoacan.

Aquel activo jefe salió de Valladolid para su destino el 15 de Diciembre.

El virey habia dispuesto se le agregase con su division el coronel Barradas, pero Aguirre se puso en marcha sin esperarle aunque notificándole fuese á reunirse en el lugar de acción.

Cinco días despues Aguirre llegó à la vista del fuerte de Jaujilla.

Desde luego intimó la rendición á los defensores, prestando su deseo de evitar la efusion de sangre, pero la respuesta, que no se hizo esperar, le demostró que los independientes estaban resueltos á defenderse hasta el último extremo.

El Fuerte de Jaujilla constituia por sus obras de defensa una muy regular y segura posicion.

Habianle levantado en un islote de la laguna da Zacapu.

Una estrecha lengua de tierra unía el islote á la orilla del lago, y de no ser por ella era de todo punto imposible acercarse al Fuerte sino en canoa.

Aquella lengua estaba defendida con murallones y cortaduras.

Pero como la extension de la laguna era pequeña y desde sus orillas era fácil molestar á los defensores con fuego de cañon, los directores de las obras imaginaron desviar de su curso un rio que en ella desembocaba y anegar una inmensa extension de terreno de los alrededores.

Desviada la corriente anegáronse las tierras, haciéndose á tal extremo fangosas, que no habia medio de que en ellas pudiera acampar el ejército enemigo.

Componian la Junta el Lic. Ayala, don Anto-

nio Cumplido y el Dr. San Martin, canònigo lectoral de Oaxaca.

Eran los secretarios don Francisco Lojero para lo civil y don Antonio Vallejo para lo militar.

El director de las obras de fortificacion y comandante de las tropas de la Junta, lo era un norte americano llamado Nicholson, que habia venido al país con don Francisco Javier Mina.

Su segundo era don Antonio López de Lara y sus auxiliares otros dos americanos de la expedicion de Mina, llamados Laurence Christie y James Devers.

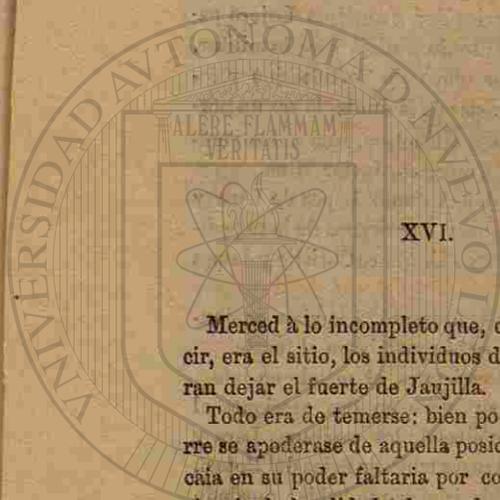
Cuando Aguirre se presentó á la vista de Jaujilla, Nicholson no se encontraba en el fuerte.

López de Lara tomó pues, el mando en jefe.

Aguirre dividió su fuerza en dos secciones al mando cada una de ellas de los capitanes Lara y Amador ambos del regimiento de fieles del Potosí.

Estos ocuparon los islotes que habian quedado en el terreno anegado por las aguas del rio.

Otra parte de las fuerzas realistas se empleó en volver el rio á su curso natural y el sitio quedó establecido aunque la diseminacion de los realistas le hacia muy incompleto.



XVI.

Merced à lo incompleto que, como acabo de decir, era el sitio, los individuos de la Junta pudieran dejar el fuerte de Jaujilla.

Todo era de temerse: bien podia ser que Aguirre se apoderase de aquella posicion, y si la Junta caia en su poder faltaria por completo toda apariencia de legalidad à la revolucion.

Más por esto que por miedo, se convino en que la Junta saliera de Jaujilla y ganara la tierra firme.

A las dos de la mañana del 27 de Diciembre, Cumplido y San Martín salieron del fuerte, y no sin grandes peligros atravesaron la laguna entre las plantas acuáticas, llevando la imprenta en su canoa, que lograron hacer atracar sin ser descubiertos, en el pueblo de Taregero.

Algunos dias despues con las mismas precauciones y conduciendo el archivo, se evadió el Lic. Ayala.

Cuando Aguirre lo supo, ya los tres individuos de la Junta se hallaban en salvo y habian vuelto à instalarla en las rancherías de Zárate, jurisdiccion de Turicato, al Sur de Valladolid.

Ayala no se reunió, no obstante, con sus compañeros, y si fué à hacerlo con las fuerzas de Torres, con ánimo de convencerle à atacar à Aguirre y auxiliar à los sitiados.

Como à la Junta le pareciera dudosa esta conducta, dió licencia à Ayala para hacer lo que ya sin ella habia hecho, y designó para sustituirle à Villaseñor.

El 30 de aquel mes, y penúltimo dia del año Barradas llegó al campamento de D. Matías Aguirre con cuatrocientos infantes, cincuenta caballos y cuatro cañones.

Con este refuerzo los obras del sitio se prosiguieron con actividad; y para dar salida à las aguas que anegaban el terreno, se abrieron veintinueve zanjas, que ocasionaron no poca fatiga à los sitiadores.

El 21 de Enero de 1818 el famoso Pedro el Negro fué sorprendido en la subida del Ajusco por el coronel don Miguel Suarez de la Serna, quien le entregó à su comandante en jefe Casasola.

Pedro el Negro fué inmediatamente fusilado. Su cabeza fué enviada á San Agustín de las Cuevas y su mano derecha clavada en el mismo paraje en que D. José Acha fué muerto por el bandido.

El 3 de Febrero el Padre Torres acudió á atacar á D. Matías Aguirre en su campamento, pues sabiéndolo el último, envió á su encuentro al teniente coronel D. Vicente Lara, quien le derrotó completamente y obligó á retirarse.

Perdida la esperanza de ser auxiliados, los defensores del fuerte resolvieron no fiar sino en sí mismos, y con objeto de destruir una batería levantada en los terrenos desecados por los realistas, salieron del fuerte y empeñaron valerosamente una acción en que quedaron derrotados.

El triunfo animó á los realistas, y el día 15 intentaron un asalto en que á su vez fueron vencidos, sufriendo una pérdida de consideración.

Este revés obligó á Aguirre á pedir auxilio de gente y recursos al general Cruz, Gobernador de Guadalajara, quien le envió un refuerzo de trescientos infantes y doscientos caballos al mando del teniente coronel D. Anastasio Brizuela, y además cuatro piezas de grueso calibre, algún dinero y bastantes municiones.

Pero decretado estaba que todo nos fuera contrario y mientras Aguirre estrechaba el cerro más

y más una casualidad y una traición ponían á la Junta en manos de los realistas.

Fué el caso, que dicha Junta, queriendo auxiliar de algun modo á los defensores del fuerte, determinó distraer parte de las fuerzas de Aguirre llamando su atención con un ataque á Pátzcuaro.

Al efecto circuló las órdenes oportunas á diversas partidas de las inmediaciones; una de esas órdenes, que extendió por escrito, la fió á un correo que debía entregarla al cabecilla Hermosillo.

El correo, en vez de cumplir su encargo, entregó la orden, en cambio de una gratificación, al coronel realista D. Luis Quintanar, comandante del pueblo de los Reyes.

Con Quintanar se hallaban D. José María Vargas, iusurgente indultado, y D. Angel Cuesta, que imitaba de un modo perfecto la letra y firma de Hermosillo.

Quintanar y Vargas convinieron en aprovecharse de la orden para sorprender á la Junta, y al efecto Cuesta contestó en el acto la comunicación, fingiendo ser Hermosillo y noticiando que inmediatamente se ponía en camino para las rancherías de Zárate con toda su partida.

Vargas y Quintanar emprendieron la marcha con dragones disfrazados el 18 de Febrero, y merced á la orden vendida por el infiel correo, no sólo pasaron sin riesgo alguno entre varias partidas

insurgentes, sino que se hicieron dar por ellas víveres y forrajes.

Cuevas fué comunicando desde distintos lugares su marcha á la Junta y su próxima llegada, y sin suscitar ni la más leve sospecha, á las 9 de la noche del 21 de Febrero llegó Vargas á Zarate, sorprendió á la escolta insurgente poniendo en fuga á su comandante D. Eligio Roelas, y se apoderó del Dr. San Martín, único individuo de la Junta que en aquellos momentos se encontraba en la ranchería.

Vargas obligó á San Martín á que confesase á los prisioneros de alguna importancia que hizo, y despues de fusilarlos marchó con su fuerza á Apatzingan, donde fué recibido con salvas y repiques.

El Dr. San Martín fué entregado al gobernador Cruz, quien le encerró en la cárcel de Guadalajara. Hubiérala pasado muy mal si no se hubiese interesado por él el obispo Cabañas, quien le auxilió y atendió en la prision con todo lo necesario.

El día 6 de Marzo, cuando D. Matías Aguirre se preparaba á tomar por asalto el fuerte, los sitiados enviaron un comisionado al jefe realista, solicitando el indulto y manifestando que ya se habrían rendido si no hubiera sido porque los dos americanos Christie y Doves se habían opuesto y seguían opouiéndose á ello.

El comisionado añadió que si se les prometia el

indulto, entregarían maniatados á los dos norteamericanos para que sufrieran el condigno castigo.

Aguirre prometió conceder lo que de él se solicitaba y el comisionado regresó al fuerte.

Los norteamericanos sospecharon lo que se tramaba y quisieron reatimar el patriotismo de los insurgentes, invocando cuanto más sagrado se les ocurrió; pero López de Lara, traicionando á la patria y á la Junta, les echó encima á los doscientos cincuenta hombres de la guarnicion, y aunque se defendieron heroicamente Christie y Doves, hubieron de sucumbir al número y maniatados fueron entregados á D. Matías Aguirre, que horrorizado de aquella traicion no sólo no les fusiló, segun las órdenes que para ello tenia, por haber pertenecido los prisioneros á la expedicion de Mina, sino que contra viento y marea, logró ponerlos en salvo.

Los realistas tomaron posesion del fuerte, en el que hallaron armas y municiones suficientes para que los sitiados hubieran podido prolongar lo ménos tres meses su resistencia.

De resultas de la prision del Dr. San Martín, D. Pedro Villaseñor que sustituia, como ya dije, al Lic. Ayala, formó una nueva Junta en Huetamo compuesta de él, D. Mariano Sanchez Arriola y D. José María Pagóla, hombre de 60 años de edad, vecino de Salvatierra, insurgente decidido

é intendente que habia sido por nombramiento del Congreso de la provincia de Guanajuato.

Por todas estas atendibles circunstancias Villaseñor designó á Pagola para presidente de la Junta, pero poco tiempo ejerció tan honorífico y peligroso encargo, pues el 9 de Junio de aquel año, de 1818, el capitán de dragones D. Tomás Diaz, le aprehendió en Cantarranas, á treinta leguas de Atijo.

Con Pagola fué tambien hecho prisionero D. Pedro Berneo, secretario, y conducidos ambos á Huetamo, fueron inmediatamente fusilados en el cementerio de la parroquia por órden del jefe Marron.

## XVI

A tal extremo hallábase reducida la causa insurgente, cuando don Carlos Gayangos pudo cumplir á su primo don Pascual el ofrecimiento que habíale hecho, de trasladarse á México y á su lado.

La fortuna de don Pascual habia aumentado prodigiosamente.

Ninguno de sus negocios habia fracasado.

En todos ellos las utilidades sobrepujaban á todo cálculo.

Este resultado debia haber probado que el cerebro de don Pascual habia recobrado su antiguo reposo.

Sin embargo, no era así.

Pasado algun tiempo, despues del restablecimiento de su salud, la dedicacion con que se entregó al fomento de sus negocios, fué poco á poco decayendo.

Todo el peso de sus negocios se lo dejó á sus dependientes.

Al principio, éstos creyeron que su principal trataba de juzgar de sus respectivas aptitudes, tal vez para premiarlos segun ellas, y cada cual redobló sus esfuerzos para quedar mejor.

Pero no pasó mucho tiempo sin que se convencieran de que se habian equivocado.

Don Pascual no se ocupaba de ellos ni de sus negocios.

Rara vez examinaba un libro ó pedia noticia de la marcha de alguna negociacion.

Llegó á no presentarse durante mas de un mes en el escritorio.

Los dependientes abusaron de sus descuidos y por sí mismos tomaron lo que su principal no les daba.

El despilfarro fué grande.

El descuido mayor que el despilfarro.

Aquella famosa peila, la elefanta, fué poco á poco arruinándose, al grado de que un dia el techo se desplomó.

Léjos de sentirlo don Pascual, se alegró de ello y mandó extraer en carros los escombros que regaló á los mismos carretoneros por tal de que se los llevasen, y apesar de que valian una suma muy regular.

Apesar de todo esto, como dije al principio,

la fortuna de Gayangos aumentaba prodigiosamente.

Don Carlos fué muy bien recibido por don Pascual, quien le encomendó desde luego la direccion y cuidado de su casa.

Pero léjos de cambiar su carácter, su melancolía aumentó mas y mas.

Tenia horror á la sociedad.

Sólo se encontraba ménos intranquilo, cuando le dejaban en completo aislamiento.

Por fin, un dia manifestó que aquella casa le causaba horror, y que deseaba salir de ella.

No hubo medio de oponerse á su voluntad.

Don Pascual se trasladó sólo y llevando consigo criados nuevos á una finca que poseía en Tacubaya.

Don Carlos le dejó ir, y con positivo interés se dedicó á corregir los abusos introducidos en las negociaciones por el descuido de don Pascual.

Creyendo que el malestar de su primo provenia de haber continuado viviendo en aquella casa llena de recuerdos de su fugitiva esposa, determinó hacer en ella radicales cambios y trasformarla por completo. ®

El fin era bueno, los recursos sobradísimos, y el plan fué muy en breve puesto en ejecucion.

Casi hizo de nuevo la casa.

Y como heia esquina, aun la entrada y zaguan, fueron cambiados de una á otra calle.

Al emprenderse estas obras, don Carlos se encontró con la habitacion en que segun dije á su tiempo habia hecho encerrar don Pascual los grandes panes del jabon extraido de la gran paila, poco despues de la fuga de su esposa doña Manuela.

Sabemos que don Pascual veia con horror aquel jabon.

Sabemos tambien que un dia maltratò à uno de sus sirvientes por haberse atrevido à entrar en la pieza, y extraer de ella uno de aquellos panes.

Para evitar que el caso se repitiese, habia mandado arrancar la puerta y tapiar con cal y ladrillo el hueco.

Nadie se acordaba de aquella circunstancia.

Don Pascual tampoco se la habia dado à conocer à su primó.

Sin duda no la recordaba ya.

Tal vez no creyó necesario decirle cosa alguna.

Por otra parte, la obra de reforma de la casa se hacia sin conocimiento de don Pascual.

Su primo sólo vió en ella, una rareza mas del desventurado marido de la hermosa doña Manuela.

Vendió, pues, aquel jabon, y pareciéndole de

buena clase, se reservó uno de los panes para su uso particular.

Un dia que lo necesitò, separó un pedazo del susodicho pan y con él se lavó las manos.

De pronto sintió un fuerte arañazo en uno de sus dedos y con sorpresa vió que sobresalia un diamante de muy regular tamaño.

Destrozó el jabon y halló en él un magnífico cintillo, cuyo era el diamante.

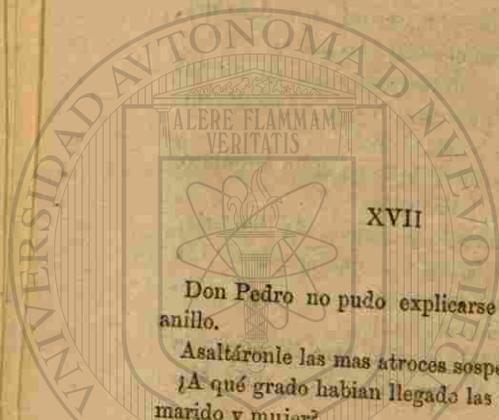
Le lavó con cuidado y despues de limpiarle, palideció mortalmente y tuvo que apoyarse en la pared para no caer anonadado.

Habia reconocido el cintillo.

Era el que habia servido para la ceremonia del matrimonio de don Pascual con doña Manuela.

Dicho anillo, jamás, desde el dia de sus desposorios, habíaselo quitado doña Manuela del dedo en que se lo pusiera el sacerdote.

¿Cómo habia ido à dar al centro de aquel pan de jabon?



Don Pedro no pudo explicarse el hallazgo del anillo.

Asaltáronle las mas atroces sospechas.

¿A qué grado habian llegado las disputas entre marido y mujer?

Muchas presenció él, pero en ninguna doña Manuela, por mas que aborreciese á su marido, habia maldecido la hora en que se casò.

Sólo en este caso hubiera devuelto á su esposo, segun la costumbre de aquellos tiempos, su anillo de boda.

Se creía entonces, y muchas mujeres lo creen hoy dia, que quitarse tal anillo es causa de la muerte del que se lo quita.

Pero aun en tal extremo poco creible ¿cómo el cintillo habia ido á dar á la gran paila?

La primera idea de don Carlos, fué la de trasladarse á Tacubaya y obtener de don Pascual la solución de sus dudas.

Pero un presentimiento tenaz de que allí existia un crimen, le hizo desistir de su primera idea.

Sin duda doña Manuela habia sido asesinada. Pero ¿por quién?

El hallazgo del anillo autorizaba á creer que sin duda habia sido asesinada por robarle sus alhajas.

El anillo valia mas de dos mil pesos.

¿Quién habria sido el ladron?

La circunstancia de haber hallado la alhaja en un pan de jabon, daba á sospechar que los ladrones pertenecieron á los trabajadores de la fábrica.

Quizás un descuido, tal vez el temor de ser descubierto, habian hecho que allí fuera á dar el anillo, ya arrojado intencionalmente, ya por la mano de la casualidad.

Don Carlos dió entónces principio á una interminable serie de investigaciones.

Pensò dar parte desde luego á los jueces.

Pero temió que dando por este medio la voz de alarma, el presunto asesino se pusiera en fuga, si aun se hallaba en la casa. ®

La fuga, si bien demostraria la existencia del crimen, le privaria de castigar al delincuente.

Nada mas fácil, en aquel entónces, para un criminal, que el sustraerse à la accion de la justicia. Con pasarse al campo enemigo y unirse á cualquiera partida de revolucionarios bastaba y sobraba.

La rebelion estaba casi en sus postrimerías.

Pero, ya lo he dicho, la paz y la seguridad no se hallaban restablecidas ni mucho ménos.

El señor don Juan Ruiz de Apodaca habia apagado la hoguera, pero bajo las cenizas las brasas se mantenian en ignicion.

Una imprudencia podia removerlas y las llamas brillarian de nuevo.

Mucho habia hecho, pero aun quedaba mucho por hacer.

La osada expedicion de Mina, hizo pensar à mas de un español que, despues de todo, no sería un gran crimen ayudar à los mexicanos à hacer su independenciam.

Fernando VII no era un rey digno de que nadie le fuese fiel.

El, àntes que nadie, habia sido traidor à su patria y à sus amigos, à los cuales hizo víctimas de la mas negra y pestilente ingratitude.

Ni aun para premiar à Apodaca estuvo feliz ni oportuno.

La recompensa que le dió, fué concederle el título de *Conde del Venadito*.

Apodaca representó para que se le cambiase el título por parecerle ridículo, con sobrada razón.

Tan lo fué en realidad, que en México se le llamó en lo sucesivo, no Apodaca ni el virey, sino *el venadito*.

—Anoche estuvo en el coliseo *el venadito*.

—*El venadito* está muy contento con los golpes que ha dado á la revolución.

Expresiones como estas, se oían á cada instante en México.

Algunos mal intencionados, llamaban también á la vireina, *la venadita*.

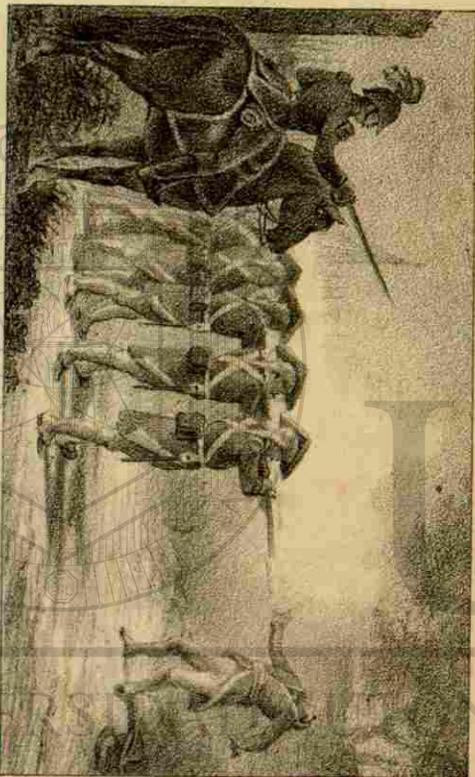
Cuando se hablaba de toda la familia, se les decía *los venaditos*.

Del chiste de que Apodaca fué víctima, se había repetido ya en otro caso.

Las cortes españolas dieron al general inglés Lord Graham, el título de Duque de Cabeza de Vaca, en memoria del sitio que ocupaba en la célebre batalla de Chiclana, dada contra las tropas que al mando del mariscal Víctor, sitiaban á Cadiz.

El general inglés dió las gracias y rehusó un título que ponía en ridículo su honor y el de su familia.

Apodaca, no obstante que se hallaba en el mismo caso, se contentó con pedir que se le cambiase



EPISODIOS HISTÓRICOS MEXICANOS.

Fusilamiento de Mina.

11 de Nov. de 1817 día martes 4 de la tarde.

DIRECCIÓN GENERAL DE

pero le usó en vista de que no resolvían á acerca de su representacion.

En cuanto á la facilidad que habia para huir de la justicia, dicho dejó, que en las inmediaciones de la capital, no faltaban partidas de revolucionarios á que unirse, con la seguridad de ser en ellas bien recibidos.

Ademas, aun quedaba con las armas en la mano un esforzado y valiente candillo, don Vicente Guerrero, que tenia continuamente en movimiento á la division del jefe realista Armijo.

La relacion de sus campañas no corresponde á este tomo de *Episodios*, y por eso no me detengo á describirlas y á encarecer la importancia que tuvieron.

Podia bien un fugitivo marchar en su busca, pues no era fácil que Guerrero levantase informacion sobre la honorabilidad de quienes se le presentasen.

## XVIII.

El suceso de la desaparicion inexplicable de doña Manuela, contaba por otra parte varios años.

Casi nadie se acordaba ya de él.

Muchas personas hasta se habian olvidado de don Pascual.

Retraido como hasta entonces habia vivido, perdió aun sus mas íntimas amistades.

A nadie podia ya interesarle su desgracia.

La atencion pública estaba fija en sucesos y personajes de mayor importancia.

Uno de los asuntos que mas preocupara á la generalidad, era el referente á la suerte que estuviere reservada á los dos ilustres prisioneros insurgentes, don Nicolás Bravo y don Ignacio López Rayón.

Capturados como ya dije en su lugar, debieron haber sido inmediatamente fusilados de acuerdo

con los bandos de Venegas y Calleja sobre insurgentes; pero don Nicolás era profundamente estimado por sus mismos enemigos á consecuencia de su conducta noble, valiente y generosa, y el mismo Armijo que custodiaba á los presos, puso todo su empeño é influencia en salvarle, como lo logró, llegando á mata caballo á Cuernavaca con la contra-órden de Apodaca, en los momentos en que todo estaba ya dispuesto para la ejecución.

Su famosa *venganza insurgente* debía reportarle los beneficios á que se hacen acreedoras acciones tan magnánimas como aquella.

A esta circunstancia debió tambien su salvacion don Ignacio.

Suspendido el procedimiento ejecutivo, se sometió á juicio á los dos caudillos, trasladándoseles desde luego á la Cárcel de Corte de México, en la que entraron el 9 de Octubre de 1818.

Don Ramon Rayon que, como dijimos se indultó despues de la toma de Cópore, trabajó sin descanso en salvar á su hermano, pretendiendo que se le considerara comprendido en la capitulacion del célebre fuerte.

No era tan fácil esto, pues don Ignacio habia desaprobado de una manera pública la capitulacion, y aunque don Ramon quiso hacer creer que cuando fué aprehendido don Ignacio lo fué en camino para presentarse á disfrutar del indulto, y

así lo afirmó el procesado, don Nicolás declaró que no era cierto, originándose de aquí tan agrias contestaciones, que fué necesario poner á ambos reos en distintos calabozos.

En favor de Bravo se alegó su conducta generosa con los prisioneros españoles, á quienes dió libertad en el momento mismo en que recibia la noticia de haber sido fusilado su padre por los realistas; pero el fiscal opinó que esta memorable accion no le eximia de la culpabilidad que le resultaba de haberse rebelado contra el rey de España y héchole la guerra.

El 8 de Julio de 1818, don Ignacio Rayon fué sentenciado á la pena capital, pero Apodaca que era humano y estaba ademas satisfecho del estremo á que habia llevado la pacificacion, suspendió la ejecución de la sentencia por decreto de 30 de Setiembre del mismo año.

La hacienda de Chichihualco, cuya memoria será eterna, ó al menos deberia serlo, en nuestra historia por haber pertenecido á los Bravo y por los notables sucesos ocurridos en ella, fué embargada segun las leyes y la familia de don Nicolas se vió reducida á la miseria. ®

Pero no se vió abandonada.

Un español DON ANTONIO ZUBIETA, se encargó de atender á su subsistencia con cuanta liberalidad le permitieron sus posibles.

Don Nicolás permaneció en su calabozo con una barra de grillos en los piés.

Jamás pidió nada á nadie y para proporcionarse dinero con que comprar cigarros y chocolate se dedicó á hacer cigarrerías, que adornaba curiosamente con papeles de colores y vendia por lo que querian darle.

Una vez que el virey le visitó en su calabozo, le dió una onza de oro que don Nicolás tomó agradecido.

Un historiador refiere que Apodaca solia decir siempre que veia á Eravo.

—Me parece ver en él, un monarca destonado.

¡Tanta fué la dignidad con que supo sufrir la desgracia!

Natural era que la atencion pública se fijára de un modo absoluto en los incidentes del proceso de aquel grande hombre, gloria y honor de México y de la causa insurgente.

Pero don Pedro Gayangos no por eso dejó de proseguir con entera dedicacion sus pesquisas.

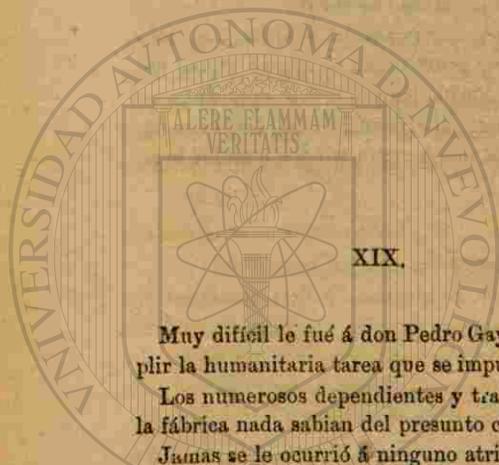
Habia sospechado un crimen y era indispensable esclarecer sus sospechas.

Estaban interesados en ello la salud y tranquilidad de don Pascual.

Triste, muy triste habia de ser para él, saber que su esposa habia sido asesinada.

Pero á la vez encontraría un lenitivo á su pena, pues podría convencerse de que su esposa no le habia abandonado para huir con un amante.

Si se descubria el crimen cesarian las burlas de que los ociosos hacen víctimas á los maridos burlados.



XIX.

Muy difícil le fué á don Pedro Gayangos, cumplir la humanitaria tarea que se impuso.

Los numerosos dependientes y trabajadores de la fábrica nada sabían del presunto crimen.

Jamás se le ocurrió á ninguno atribuir la desaparición de doña Manuela á otra cosa que á una ligereza de su coquetería.

Las rarezas que don Pascual tuvo, á propósito de la gran paila y del jabon que de ella se estrajo, las explicaban de una manera racional.

La habia destituado para sus experimentos y ensayos; el mismo mezclaba en ella sus ingredientes químicos, cuya clase y proporciones mantenía siempre en el mas riguroso secreto.

La clase suprema del jabon depositado en la pieza tapiada y el buen precio á que le vendió

don Pedro, demostraban la verosimilitud de aquellos informes.

Sin duda temia don Pascual que por medio de un análisis pudieran los especuladores robarle su secreto, y medio trastornado como estaba su juicio, juzgó indispensable encerrar el jabon y aun maltratar al desgraciado que pretendió robarle un pan.

¿Pero cómo fué á dar á una de ellas el cintillo de doña Manuela?

Convencido de que nada podria averiguar por sí solo y temeroso de que un paso imprudente produjera sin resultado práctico, un escándalo, don Pedro resolvió ir á ver á don Pascual y comunicarle sencillamente sus presunciones.

Cuando se encontró en su presencia, don Pedro no supo como empezar.

Era necesario tener en cuenta que en un cerebro medio perturbado, como lo estaba el suyo, la noticia del presunto crimen podria determinar la locura.

Despues de varias generalidades, don Pedro abordó la dificultad diciendo:

—Para vivir aislado de mí, me hiciste venir á tu casa. ¿Quizás mi presencia ha revivido en tí tus rencores de otros días? En tal caso dímelo y volveré á alejarme.

—Cuan injusto eres, Pedro, —contestó don Pascual con amargura, — cuan poca compasión me tienes!

—Eso dices, cuando diera con gusto la mitad de mi vida por ver que de nuevo recobrabas tu tranquilidad y tu alegría?

—Pero eso es imposible!

—Imposible! por qué?

—Acaso lo ignoras?

—Estrañas á tu desventurada esposa, ¿no es cierto?

—Desventurada! por qué desventurada? —preguntó aterrado don Pascual, clavando sus investigadoras miradas en el rostro tranquilo y compasivo de don Pedro, quien tradujo el terror en demostración de colérico disgusto.

—No la crees tu desventurada?

—Acaso sé donde se encuentra para poder estimarlo?

—Luego tú crees que una fuga... tal vez con un amante...

—No, yo nada creo, yo nada sé, todo lo ignoro! Por qué vienes á mortificarme con esas preguntas? Sal, sal de aquí inmediatamente! quiero estar solo! enteramente solo! vete, vete, vete!

La exaltación de don Pascual fué tremenda. Don Pedro tuvo miedo.

Pero don Pascual no tardó sino leves momentos en pasar de su furia al abatimiento.

Ocultó su cabeza entre sus manos y rompió á llorar entre grandes sollozos.

Don Pedro se acercó á él y le dijo.

—Pascual, mi bueno y querido Pascual, ¿por qué te exaltas así? Por qué ya que lloras, no lo haces sobre mi corazón y entre mis brazos?

—Perdoname Pedro! ay! de mí cuan desgraciado soy!

—Y por qué no haces menor esa desgracia llamándome á compartirla contigo?

Oh! eso es imposible, me aborrecerías, me odiarías tal vez!

—Odiarte! aborrecerte! por qué? Acaso me crees incapaz de compadecerte y aun de disculparte?

Don Pascual volvió á exaltarse y preguntó:

—Disculparme! de qué necesito yo que me disculpes!

Don Pedro contestó con amable y cariñosa entonación:

—No te incomodes conmigo, Pascual: ninguna de mis palabras va encaminada á otra cosa que á consolarte; perdoname pues, si con alguna de ellas te lastimo sin pretenderlo, pero á la vez permíteme que toque las llagas de tu corazón. Comprende

do lo que por tí pasa. Te casaste con Manuela porque la amabas: tu buen corazón por una parte y su extraordinaria belleza por la otra, hicieron que tu amor hacia ella aumentara en vez de perder la fuerza con los años. Durante la época de los disgustos que sus inocentes coqueterías te proporcionaron, ese amor pudo decaer algún tanto pero no morir. Sucedió su inesplicable fuga y apesar de ella la seguiste amando y la amas todavía: esto te avergüenza, porque es una debilidad, y esta debilidad es la que yo, buen Pascual, disculpo. En qué te ofendo con ello?

Desde que don Pedro llegó á la mitad de su anterior discurso, don Pascual volvió á caer en su dolorosa postracion y sus sollozos casi le impidieron oír las últimas palabras.

Don Pedro continuó:

—Pero vamos á ver, hermano mio, pues como á hermano te quiero, que darías por saber y convencerte de ello, que doña Manuela no cometió el crimen de fugarse de tu casa? . . .

—Qué! qué has dicho! como lo sabes! responde! responde! exclamó don Pascual próximo á sucumbir de terror.

—No te exaltes, hermano mio, ó no diré ni una palabra mas.

—No, no; no me exhalto, ya lo ves, estoy tranquilo, pero, . . . habla, habla, di lo que sabes.

—Nada sé de positivo, pero tu puedes ayudarme. . . .

—A qué!

—A esclarecer una sospecha horrible. . . .

—Horrible! horrible has dicho!

—Si; muy horrible!

—Que la hayan asesinada tal vez!

—Ah! exclamó casi gozoso don Pedro: conque no me habia engañado! conque tú lo sospechabas tambien?

Don Pascual abria tan desmesurados y espantadizos ojos, que parecia iban á saltársele de sus órbitas.

Parecia un loco dispuesto á lanzarse sobre su carcelero.

Temblábale la mandíbula inferior, con tal violencia que sus dientes chocaban contra los de la superior, produciendo un ruido espantoso y siniestro.

Sus manos estaban crispadas.

Sus facciones cadavéricamente desfiguradas.

Don Pedro se espantó de verle en tal estado, pero ya era imposible retroceder.

—El nombre, el nombre del asesino! respondió don Pascual.

—Acaso le sabes tú tambien?

—No, no, yo nada sé: tú, tú que lo sospechas dilo, dilo inmediatamente!

—Lo ignoro! contestó con desaliento don Pedro.

—Entonces, por qué has sospechado ese crimen oculto hasta hoy en el mas impenetrable misterio. Quién te lo ha revelado?

—Una circunstancia extraordinaria.

—Habla! habla! no te detengas.

—En un pan de jabon. . .

—Ah! gritó don Pascual lanzándose sobre don Pedro con intencion de ahogarle, calla! calla! no me descubras ó te mataré entre mis manos.

—Tú! tú el asesino! gritó á su vez don Pedro cogiendo con mano de hierro el cuello de don Pascual que cayó á sus piés anonadado y rugiendo como una fiera.

## XX.

Las escenas que siguieron á la que pálidamente he bosquejado en el anterior capítulo, fueron espantosas.

No llega mi pobrísimo talento á pintar cuadros de tal importancia.

Los referiré pues como pueda.

Mis lectores suplirán con un natural talento lo que falte en mi narracion.

No negarán este favor á quien han dispensado el extraordinario de animarle á escribir quince tomos sobre episodios de nuestra historia.

Cosa asombrosa entre nosotros, pues si yo los he escrito es porque ellos los dan comprado.

Favor tanto mas grande cuanto que hoy nadie escribe porque nadie compra.

Esta excepcion con que han sido distinguido los *Episodios*, no la tomo como una prueba de su bondad, sino como demostracion de que al fin vamos comprendiendo que lo que nosotros necesitamos es una *Historia de México* escrita con imparcialidad.

Quién acometerá esa obra magna y tan necesaria como magna?

No será por cierto nuestra generacion la que lo vea!

Pero no nos divaguemos.  
Volvamos á don Pascual.

¡Quién le habria de haber dicho que él mismo descubriria su crimen?

Porque el crimen existia.

Y don Pascual era quien lo habia cometido.

Mis lectores no habran olvidado la estensa relacion de los disgustos domésticos de aquel matrimonio que pudiera haber sido tan feliz.

En aquellos disgustos tomó no pequeña parte la hermana de doña Manuela.

La recuerdan mis lectores?

Era hermosa aunque no tanto como doña Manuela.

La mejor prenda eran sus hermosos cabellos que en magnificas trenzas descendian de su artis-

tica cabeza, casi hasta tocar el estremo de su vestido.

Don Pascual se los elogió mas de una vez y tan mal pareció este elogio á su esposa que quise cortárselos, originando una violenta escena que tambien quedó referida en su lugar.

—Ay de tí si tal haces!— habia dicho don Pascual.

Pero doña Manuela era de las mugeres que jamás cejan en sus propósitos por ligeros y peligrosos que sean.

No son muchas las mugeres de esta clase, pero las hay.

Infelices!

Debemos compadecerlas.

El orgullo mal entendido, es una desgracia de fatalísimas consecuencias.

Para muchas mugeres este orgullo consiste en salir adelante con su propósito, solo porque se les hace en él oposicion.

No ven si la oposicion es ó no justa.

Es oposicion y esto les basta para irritarlas.

Serian capaces de arrojarse de una torre abajo si se les estorbaba y solo porque se les estorbaba.

Habrás visto mas nécia ceguedad?

Doña Manuela era de estas mugeres y recogió de serlo, bien amargos frutos.

Es lo que les pasa á otras muchas de su especie.

Pero aquello no tiene remedio, y es inútil detenernos á censurar su conducta.

Se habia propuesto vengarse de su esposo y de su hermana y no paró hasta conseguirlo.

Una noche, durante el sueño de su hermana entró en la recámara donde dormia, y provista de unas tijeras, le cortó una de las trenzas.

Iba á hacer otro tanto con la otra, cuando su hermana despertó.

Al enterarse de lo que pasaba dió tales voces que doña Manuela huyó á su recámara sin concluir su obra, y toda la casa se puso en movimiento.

Al enterarse del inútil atentado de su esposa, don Pascual estuvo á punto de morir de indignacion.

Al dia siguiente la hermana de doña Manuela, dispuso su viaje para España, y aprovechando el primer buque que se presentó, abandonó el nuevo mundo.

Una noche don Pascual logró penetrar en la recámara de su esposa, y armado de unas tijeras se dispuso á ejecutar en doña Manuela la pena del Tali6n.

La infeliz se resistió cuanto pudo, pero al fin don Pascual se apoderó de ella y cuando iba á aplicarle el castigo, doña Manuela lanzó un grito espantoso y cayó muerta instantáneamente.

telas de diversos colores, que se extendian enlazadas por todo el amplio cuadro que ocupaban la bateria, de modo que ofrecian un lucido golpe de vista. En el medio de los cañones estaba tremolado el pabellon español, y en el centro de los armones un retrato del monarca bajo de dosel: dos artilleros le hacian la guardia.

Dos músicas militares estuvieron tocando en aquel sitio gran parte de la mañana, á la vista de un gentio inmenso.

En uno de los lados de dicho retrato estaba un cuadro que dedicaron al virey los mencionados realistas, en el cual se veia la efigie del rey, bajo de dosel, y al virey enfrente en actitud de arengarle ó decirle qué Orrántia, que estaba detras de él y á quien señalaba con la mano derecha, obedeciendo sus órdenes habia concluido completamente con la fuerza de Mina, presentándole á este atado de las manos y con otros tres secuaces. A un lado de Orrántia estaban unos trofeos militares y arrojada por el suelo la cabeza de don Pedro Moreno, que fué muerto en la accion del 27 de Octubre.

He aquí ahora el certificado de la muerte de don Francisco Javier Mina. ®

«Don Manuel Falc6n, cirujano del Batallon primero americano etc.

«Certifico que hoy dia de la fecha, á las seis de



## EPISODIOS HISTORICOS MEXICANOS

Novelas históricas y de más útil y barata lectura: en autor Enrique de Olavarría. Se publica cada mes un tomo completo con fajas láminas y eniertas grabadas en madera. **Dos reales tomo en la capital y tres en los Estados.** Van publicados:

*Los Pelelos de la Reina Leona, La Virgen de Guadalupe,  
La Derrama de las Cruces.*

*La Virgen de los Remedios, El Puente de Calderón, Las Norias de Bajón,  
El Sr. de Joló, El Curul de Anahuac y La Junta de Zitacuaro,  
El Sitio de Cuadalupe, Una Venganza Insuperable,  
La Constitución de 1824, El Castillo de Acapulco,  
El 22 de Diciembre de 1813,  
El Conde del Venadito.*

### "EL DIARIO DEL HOGAR"

Revista de las familias.

Publica constantemente dos novelas, una en el cuerpo del periódico y otra en el folletín. Al mes, obtiene el suscriptor un tomo de 288 páginas de amena e instructiva lectura y un diario con tantas noticias como cualquier otro de la capital.

Los anuncios que publica este periódico son especiales en la forma importando su inserción en la primera plana, doble que en la cuarta.

#### PRECIOS DE SUSCRICION

EN LOS ESTADOS,

Un mes, pago adelantado, franco de porte .....	1 00
Un semestre, ídem, ídem .....	5 00
Un año ídem, ídem .....	9 00

El número suelto vale 5 centavos. Los atrasados 10.

### EL MINERO MEXICANO

Semanario con ilustraciones, órgano de las sociedades mineras República.

Suscripción en México ..... \$ 1 00  
Id. en los Estados .....

### EL ANUARIO UNIVERSAL

Para 1883. (Quinto año)

Hermosos retratos, datos estadísticos de todas las naciones del Globo y en especial de México.

Vale el tomo DOCE REALES.